

¡CAMINA, TRAIDOR!

CLARK CARRADOS

ICAMINA, TRAIDOR!

Título Original: *¡CAMINA, TRAIDOR!*

Colección: Espacio. El Mundo Futuro 490
UUID: abadae67-ff83-4fce-bc46-9d89c6510a17
Generado con: QualityEbook v0.76

CAPÍTULO I

El juez dijo:

—El acusado es culpable, sin lugar a dudas, de uno de los más horrendos crímenes conocidos en la historia de la humanidad. Mi deber, pues, una vez conocida y comprobada sin el menor género de dudas tal culpabilidad, es proceder a dictar sentencia.

El juez hizo una ligerísima pausa antes de continuar:

—El acusado, Egon Qratz, es culpable de la destrucción de ciento treinta y seis planetas, que ardieron en una catástrofe cósmica de apenas calculables proporciones. Es un crimen espantoso, como no se tiene memoria desde que el hombre aprendió a conservar en sus archivos, orales o escritos, los sucesos de que había sido protagonista. Por tanto, el castigo ha de ser proporcionado al crimen cometido.

»No te impongo pena de muerte, Egon Qratz. Sería un castigo demasiado rápido y puede que incluso tú mismo lo acogieses con alegría, porque así terminabas rápidamente tus sufrimientos. No, debes padecer más, mucho más. Todo lo que te queda de existencia.

»Tampoco te encerraré en una prisión. Aun entre cuatro muros, el castigo sería demasiado leve.

»Quiero, y todos quieren también, que padezcas todos y cada uno de los minutos de tu existencia. Ahora saldrás libre, pero no te detendrás jamás en el mismo sitio. Caminarás y vagarás por todas partes y todo el mundo te mirará y te escupirá a la cara su desprecio.

»Serás siempre un extraño entre los hombres. Nadie hará amistad contigo, ni tendrás mujer que caliente tu lecho en las noches de invierno. Mientras vivas, caminarás continuamente, recibiendo el castigo del desprecio de la humanidad.

»Todos, sin, embargo, estarán dispuestos a darte comida y bebida, incluso ropajes y atención médica gratuitamente, pero no alojamiento.

Nadie podrá maltratarte de obra y menos aún darte muerte; quien así lo hiciere, morirá. Dondequiera que vayas, llevarás eternamente una marca que te identificará en todas partes como *El Traidor*, para que así todos sepan atenerse respecto a tu identidad. Podrás viajar a cualquier parte de la Galaxia, pero no detenerte permanentemente en cualquier parte. Y así hasta que mueras, advirtiéndote previamente que, aunque quisieras darte la muerte tú mismo, tienes la mente acondicionada de tal modo, que en el último instante, repugnarías la idea de suicidio.

El acusado estaba en pie, frente al severo juez. Detrás de Egon Qratz había un muro de vidrio de doble espesor, que le aislaba por completo del público que había asistido al juicio.

Los concurrentes aprobaron la sentencia con vivos murmullos de satisfacción. Todos estaban de acuerdo con el juez.

La muerte era poco para Egon Qratz. Merecía morir todos y cada uno de los minutos de su existencia, hasta el final físico de la misma. Y Egon era aún muy joven.

El juez concluyó:

—Ésta es mi sentencia que, excepcionalmente, se declara firme y sin posibilidad de recurso ante el Alto Tribunal Supremo, que la ha aprobado incondicionalmente. ¡Egon Qratz, tu condena ha empezado! ¡Camina, camina, camina…!

Egon echó a andar y abandonó la sala de justicia.

* * *

Egon caminaba.

Y reflexionaba.

Ciento treinta y seis planetas habían desaparecido de golpe, absorbidos por la inesperada aparición de una estrella, que los había quemado como simples motas de polvo en menos de una semana.

Lías ce un billón de personas habían perecido. Y él decía le sentencia, era el culpable.

¿Culpable?

¿O se trataba de un error?

Las pruebas habían demostrado concluyentemente que el estallido cósmico se había producido por su traición. Pero Egon sabía que no había habido tal traición

Simplemente, no podía demostrar lo contrario.

Una pareja de jóvenes se cruzó con él.

—Mira —dijo ella—, ahí va el traidor.

El hombre escupió al suelo.

—Deberían matarle y revivirle y hacer eso todos los días y a todas horas —declaró con desprecio.

Egon continuó andando.

Reflexionaba.

No podría pararse jamás. Debía caminar siempre, siempre…

En cierto modo, era una frase metafórica. Por la noche o cuando le apeteciera, podría dormir.

Cuando sintiera hambre o sed, no tendría más que pedirlo en cualquier parte. Le darían comida y bebida.

Pero no alojamiento, claro. Y seguiría andando, andando…

Por cierto, ¿no había un personaje que había sufrido la misma pena muchísimos años antes? Sí, ahora recordaba algo de su leyenda. Le llamaban el Judío Errante. Su nombre era Ashaverus.

Él era, pues, ahora, un nuevo Ashaverus. «Camina, camina, camina…», le había dicho el juez.

Y ya estaba caminando, en el principio de su pena, que no tendría fin sino cuando le llegase la muerte.

Pero él no era un traidor. Sólo se trataba de un error, una equivocación. Claro que, bien mirado, vaya una equivocación. Había costado la vida a un billón largo de seres humanos.

Egon no sabía dónde estaba el error. Y en alguna parte debía de hallarse.

¿Cómo encontrarlo?

Y aunque lo descubriese, después de confirmada la sentencia por el Alto Tribunal Supremo, ¿se accedería a una revisión de su causa?

Al menos, lo intentaría. Era joven. Tenía mucho tiempo por delante para conseguirlo.

Irónicamente, el juez le había dado unos medios para conseguir demostrar su inocencia, de que antes no había podido disponer. Pues le dejaba en una libertad absoluta y sin obligaciones de ninguna clase.

Además, le mantendrían gratuitamente e incluso le vestirían cuando lo necesitase. Tenía una excelente complexión física y una salud a prueba de bomba. ¿Qué más podría pedir?

Tan abstraído iba en sus pensamientos, que no se daba cuenta de que la gente le señalaba con el dedo. Unos cuchicheaban y otros pronunciaban su nombre en alta voz, sin empacho alguno.

Pero Egon no hacía caso de ellos. Seguía adelante.

De pronto, sintió hambre.

—Bien —se dijo— este es el momento de probar si la gente está dispuesta a ayudarme a cumplir la sentencia del juez Janar.

Entró en el local. Era una especie de bar con algunas mesas. Él se fue directamente al mostrador.

Había algunos individuos junto a la barra. El camarero le miró con repugnancia.

—¿Qué quiere? —le increpó—. ¡Fuera de aquí, no nos gustan los traidores!

Egon no se inmutó.

—Tengo hambre —dijo.

El camarero restregó los pies contra el suelo.

—Está bien, le daré un bocadillo, pero vaya a comer a la calle —accedió de mala gana.

—No le he pedido alojamiento, sólo comida. Comeré aquí.

Uno de los clientes agitó la mano.

—Yere, me voy. Yo no estoy obligado a soportar la compañía de ese traidor —dijo

—Y yo… y yo… —dijeron también los otros.

El local se vació. Egon y el camarero quedaron frente a frente.

—Amigo —dijo el camarero—, como venga muchas veces aquí, me voy a arruinar.

Egon se encogió de hombros.

—Tenía hambre —contestó, atizándole un feroz mordisco al bocadillo. Con la boca llena, sonrió y dijo—: Me ha llamado amigo.

El camarero contestó con un insulto atroz. Egon se encogió de hombros y continuó comiendo.

* * *

Terminó de comer y, sin dar siquiera las gracias, se dirigió hacia la puerta. Al salir, tropezó con un hombre.

Era un guardia, que se disculpó cortésmente:

—Perdón, señor, la culpa ha sido mía…

De pronto reconoció al joven.

—¡El traidor! —exclamó. Chasqueó los dedos—. Vamos, largo, camina. ¡Camina!

Furioso. Egon le asestó una bofetada. El guardia rodó por tierra.

Colérico, intentó sacar su pistola. Egon levantó el índice.

—¡Cuidadito! —advirtió—. Si me haces daño, morirás. Recuerda la sentencia.

El guardia lanzó un juramento. Egon le volvió la espalda y continuó andando.

Anochecía. Empezó a pensar de nuevo en su problema.

¿Por qué no empezar otra vez por el principio?

Rehacer su existencia desde el momento en que había iniciado el cúmulo de acciones que habían desembocado en el cataclismo espacial.

Sería una buena idea, se dijo. Lo que sucedía era que el lugar por donde debía empezar estaba muy lejos.

Una voz femenina llamó de pronto su atención.

—¡Eh, buen mozo!

Egon se volvió

Ella estaba parada junto a una esquina, vestida livianamente y con una sonrisa provocativa en los labios. Tenía un hombro desnudo y su larga cabellera de un agradable color dorado oscuro caía hasta más abajo de su cintura.

Era alta, de formas majestuosas, pero muy esbelta al mismo tiempo. Sus ojos eran claros, con unas chispitas doradas que aparecían y desaparecían con gran rapidez.

—¿Tienes mucha prisa? —preguntó la mujer.

—Depende —contestó él—. ¿No me conoces?

—Claro que te conozco. Eres Egon Qratz —contestó ella—. Yo soy Yulia.

—Hola, Yulia. No has escupido al verme.

Ella hizo un encogimiento de hombros.

—Me parece que la sentencia del juez Janar olvidó incluir cierta clase de personas —contestó.

—Tú, por ejemplo.

—Sí. A las de mi clase no les importa quién sea el hombre que las hace compañía.

—Lo siento. Estoy sin blanca.

Yulia volvió a sonreír.

—Para tomar una copa juntos no se necesita mucho dinero —insinuó.

—Yulia, ¿no sentirá hacia mi cierta atracción morbosa, derivada de

lo que soy y represento?

—Puede que sí —admitió ella con una franca carcajada—. Pero tengo la impresión que después de tanto tiempo de soledad, no te disgustará un rato de compañía femenina.

—No, no me disgustará —respondió—, pero ¿no temes tú a…?

—¿A qué voy a temer? —siguió Yulia riendo—. Él castigo es para ti. Tú me has pedido que te invite a tomar una copa, lo cual saciará tu sed, y yo, cumpliendo la sentencia del juez Janar, estoy obligada a aceptar tu petición.

La mano de Yulia se posó sobre el brazo del hombre.

—Anda, ven, Egon —invitó sugestivamente—, mi casa está muy cerca y llegaremos antes de un minuto.

CAPÍTULO II

Una vez más se repetían las escenas:

—Ahí va el traidor.

—Mírale la marca. Es inconfundible.

—Niños, fijaos bien en esa cara y no la olvidéis jamás. Es la del mayor criminal que ha existido en la historia…

Egon seguía andando tranquilamente. Ahora estaba ya en el astropuerto y se dirigió a la ventanilla de pasajes.

—Quiero una plaza para Kashard-8 —anunció al empleado.

—Están todas ocupadas.

—Entonces, que se apee el último llegado.

—Eso no puede ser…

Egon le dirigió una fría mirada.

—¿Es que no me conoce? —preguntó.

—Sí, sí, señor, pero… No sé si estamos obligados…

—La audiencia de la sesión donde se me iba a imponer la condena era obligatoria. ¿No lo presenció usted por televisión?

El empleado se mordió los labios.

—Siéntese allí —indicó un sillón—. Daré orden para que le dejen esa plaza libre.

—Gracias.

Transcurrió un buen rato. De pronto, Egon oyó un pequeño tumulto.

—Cancele mi pasaje. Yo no quiero viajar en la misma nave en que viaja ese traidor.

Egon sonrió ligeramente. La nave por él elegida se vaciaba de pasajeros.

El tumulto duró media hora. Luego todo terminó.

Una mujer se acercó a la ventanilla de pasajes. Era muy alta y de

espléndida figura. Tenía el pelo intensamente negro, recogido en una aparatosa pirámide de nudos y moños, sujetos por una inacabable cinta de perlas.

—Quiero un pasaje para Kashard-8 —manifestó, de tal modo, que Egon la oyó claramente.

—Sí, señora, pero…

El empleado bajó la voz al mismo tiempo que se inclinaba ligeramente hacia la dama. Egon se imaginó de sobra lo que le decía.

Estudió a la mujer. Vestía con gran elegancia y cubría sus hombros y espalda con un largo manto de color rojo muy oscuro, que rozaba el suelo. Debajo llevaba un vestido azul pálido, increíblemente corto y no menos increíblemente escotado.

Un pesado medallón de oro y piedras preciosas, pendiente de su esbelto cuello por una cadena del mismo metal, descansaba sobre el centro de sus pechos, de contornos clásicos. Egon estaba seguro de que, salvo el vestido y el manto y, naturalmente, unos breves pantaloncitos, ella no llevaba ninguna otra prenda sobre su cuerpo de diosa.

—No me importa quién sea el único pasajero de la nave —dijo la mujer de pronto—. Quiero ir a Kashard-8, eso es todo.

—Sí, señora, como usted ordene, honorable Presidenta.

Egon afinó el oído.

¿Presidenta?

Aquella cara le «sonaba». ¿Dónde la había visto antes?

Un hombre se le acercó de pronto.

—Soy Wul Marvan, de la Interestelar —se presentó—. Por favor, Egon Qratz, no vuelva a embarcar más en otra de nuestras naves, o nos arruinaremos.

Egon le miró fríamente.

—Yo no he ordenado que se apearan los pasajeros —comentó—. Sólo manifesté mis deseos de viajar a Kashard-8.

—Sí, ya lo sé, pero…

—Es suficiente, señor Marvan. Lárguese.

El hombre se fue, crispando los puños de rabia impotente. Momentos más tarde, llegó el empleado de los pasajes y le entregó un sobre.

—Puede embarcar cuando quiera —dijo—. No, no me dé las gracias, no las aceptaría —añadió sarcásticamente para escupir a continuación a los pies de Egon.

El condenado se puso en pie y buscó la puerta que le conduciría a la

nave. Delante de él vio caminar, firme y erguida, a la mujer a quien había oído dar el tratamiento de Presidenta.

Presidenta, ¿de qué?

De repente, lo recordó todo.

Astrea de Hadverlin, Presidenta electa de Forlar-10, que no había llegado a tomar posesión de su cargo.

Egon sonrió casi con burla. Ahora Astrea era solamente Presidenta de sí misma.

No tenía súbditos a los cuales gobernar.

La razón era muy sencilla: Forlar-10 era uno de los ciento treinta y seis planetas destruidos en la catástrofe cósmica de la cual se le consideraba culpable.

* * *

El capitán Larres, comandante de la nave, le recibió en la compuerta de entrada.

—Debo admitirle, pero diré que es a disgusto —manifestó—. Llevaba un pasaje de seiscientas veintisiete personas y la nave ha quedado vacía por su culpa. Es la primera vez que me sucede una cosa semejante…

Egon sonrió.

—También es la primera vez que transporta a un personaje famoso a escala cósmica —respondió—. ¿Cuál es mi camarote?

—Tercera cubierta, número 27-U.

—No me gusta. Déme uno en la primera cubierta.

Larres alzó los brazos al cielo.

—¡Y que esto sea considerado como un castigo! Así, también yo me convertiría en un traidor.

—A usted no le escupen a cada paso que da —dijo el joven tranquilamente—. ¿Cuál es el camarote?

—El 2-A. El 1-A está ocupado por alguien de una categoría ligeramente superior a la suya.

—Ah, sí, la Presidenta Astrea. ¿Van a darle un planeta en sustitución del que perdió?

—Van a darle… —Larres emitió un bufido—. ¡Vaya a su camarote y no salga de él mientras dure el viaje!

—Veremos —respondió Egon sin inmutarse.

Momentos después, entraba en la cámara. Sonrió satisfecho; era un

alojamiento de categoría.

Dos hombres más llegaron a poco, provistos de sendos pasajes para Kashard-8.

El capitán Larres se creyó en el deber de advertirles:

—El traidor está a bordo —declaró—. No he podido evitarlo.

—Ninguno de los dos vamos a dormir en su cámara —rio uno de los pasajeros.

—Puede que sea una obligación escupirle, pero no vamos a decirle que salga de su cámara sólo para hacerlo-añadió el otro.

—En cuanto a eso, no tienen por qué preocuparse. Le he confinado en ella hasta el momento del aterrizaje —manifestó Larres en tono tajante.

* * *

El viaje se desarrollaba con normalidad. Tres veces al día, una azafata le traía una bandeja con comida.

La chica se limitaba a llamar a la puerta, dejaba la bandeja en el suelo y escapaba. Egon abría y la recogía a continuación…

La cámara disponía de libros y de un televisor. Egon entretenía sus ocios leyendo y contemplando las emisiones televisuales.

Transcurrieron varios días. El ocio de Egon era absoluto.

Una semana después se dio cuenta de que tenía que hebillarse un punto nuevo en el cinturón.

—Si esto sigue así, llegaré a Kashard-8 hinchado como un globo.

A la hora de costumbre, llamaron a la puerta. Egon esperó unos momentos y luego abrió.

Al hacerlo, oyó pasos precipitados. Miró en la dirección del ruido y divisó las piernas de un hombre que desaparecían por una escalera cercana, que conducía al piso superior.

Preocupado, entró la bandeja y la depositó sobre la mesa. Contempló los alimentos con suspicacia.

Olfateó plato por plato. Todo parecía en orden.

Pero no estaba muy seguro de lo que podía haber ocurrido. Sin querer probar los manjares, buscó el interfono y llamó al capitán Larres.

—¿Qué es lo que quiere, maldita sea? —preguntó el comandante de la astronave.

—Venga —respondió Egon con laconismo.

Y cerró la comunicación.

Larres se presentó segundos más tarde.

—¿Le ocurre algo? ¿Hay algún plato que le desagrada en particular?

—Todos —respondió Egon sin un pestañeo—. Tiene médico a bordo, ¿no es cierto?

—¡Maldita sea, usted sabe que sí!

—Llévele la bandeja. Haga analizar los alimentos.

Larres abrió la boca.

—Pero…

—Haga que me traigan otra bandeja con comida. Y vigile usted mismo la colocación de los alimentos en los platos. No tengo ganas de morir envenenado.

—¡Nadie puede matarle! —chilló Larres, congestionándose.

—Se equivoca usted, capitán. A pesar de la orden judicial, hay más personas con ganas de matarme, que pelos tiene usted en la cabeza.

* * *

Larres le llamó al día siguiente.

—Confirmado —admitió de mala gana—. La sopa estaba envenenada.

—Yo no quisiera indicarle cuál es su obligación, capitán —dijo Egon en tono suave—, pero estimo que una investigación no estaría de más.

Larres se pasó una mano por la cara.

—¡Maldita sea! —juró—. Que me haya tocado a mí… Está bien, investigaré, Qratz.

—Gracias, capitán.

La comunicación se cerró. Larres recibió otra llamada casi en el acto.

—Señora —dijo cuando reconoció a Astrea de Hadverlin.

—Quiero pedirle un favor, capitán.

—Estoy a sus órdenes, señora.

—Se trata de la comida del traidor. Tengo entendido que la azafata no se la entrega en mano.

—Así es, señora.

—Está bien. Cuando sea la hora, avíseme; yo misma le serviré la comida.

Larres se quedó pasmado.

—Pero, señora; ese hombre es el que…

—Lo sé de sobras —cortó Astrea fríamente—. Espero que no me negará el favor que le pido, capitán.

—Si tanto insiste… Pero dejo la responsabilidad en sus manos, señora.

—Acepto encantada —replicó ella.

Horas más tarde, Egon oyó que llamaban a la puerta.

Abrió. Parpadeó al verse ante aquella hermosa mujer que sostenía una bandeja en las manos.

—Su cena —sonrió Astrea.

Egon se quedó parado un instante. Luego reaccionó y alargó las manos.

Ella le rechazó suavemente.

—Deje, yo le serviré.

Egon se echó a un lado. Astra cruzó el umbral y depositó la bandeja sobre la mesa.

—Siéntese —indicó.

Egon permaneció de pie.

—¿Por qué hace esto? —preguntó.

Astrea le dirigió una larga mirada de sus ojos, cuyas pupilas parecían tener una insondable profundidad.

—Muy sencillo, quería tener el placer de conocer personalmente al hombre que destruyó mi planeta —repuso.

CAPÍTULO III

Egon se sentó ante la mesa y desplegó la servilleta.

—¿Placer? ¿Ha dicho placer? —inquirió.

—O curiosidad, tanto da. —Astrea se apoyó en una alta consola, situada al fondo de la cámara y su pecho resaltó con macizas turgencias —. El hombre que causó la muerte de mil novecientos millones de seres.

—Sólo en su planeta, pero murieron muchos más —dijo él, mientras llenaba una copa.

—Lo sé. Yo me refería a mis compatriotas.

—A los pobres súbditos a quienes no tuvo tiempo de gobernar. Quedó en Presidenta electa…, pero ¿por qué no tomó posesión de la presidencia?

—Estaba ausente, descansando de las fatigas de la campaña electoral. Mi suerte fue que el cataclismo me pilló fuera del área de destrucción.

—Es curioso. Con esa cara y ese tipo… ¿y le dio por la política?

—¿Y no cree que mi cara y mi tipo favorecían mis aspiraciones políticas? —replicó ella.

—Bueno, siempre que los votantes a su favor aceptasen ser gobernados por una hermosa estatua.

—¿Me está llamando mujer sin seso?

Egon tomó un sorbo de vino, como indicando que no quería responder a la pregunta formulada.

—Está bien, de acuerdo —dijo Astrea—. Dejemos el tema. Hablemos de la catástrofe.

—¿Qué es lo que quiere saber?

—Sus causas.

—Una superbomba que desequilibró el estado físico de los

componentes de la pequeña estrella Mu-Wi-2, convirtiéndola en una «nova».

—Y usted disparó la superbomba.

—Si le dijera que no, no me creería —contestó él, encogiéndose de hombros.

—Se le ha considerado culpable. Y probado concluyentemente. ¿Por qué la disparó?

—Tema vedado —dijo él.

—¿Quién construyó la bomba?

—La División de Armamento Estelar de la VIII Zona. Le correspondía la existencia del sector.

—¿Formaba usted parte de esa División?

—No.

—Pero conocía la existencia de la bomba.

—Sí.

—Por el cargo que desempeñaba.

—Sí.

—Y puso en marcha el mecanismo de disparo, además del de órbita hacia Mu-Wi-2, por…

—Traición. ¿Es que no quedó bien claro?

Astrea meneó la cabeza.

—No. Lo hizo por despecho.

Egon soltó una carcajada.

—No irá a decirme que tenía envidia de su elección —exclamó—. Yo no soy político ni me gusta la política ni, además, la conocía a usted.

—Yo me refería a otra persona.

Egon apartó el plato y se puso en pie.

—Hemos hablado bastante —dijo secamente.

—Yo creo que no, pero ya continuaremos la conversación. ¿A qué va usted a Kashard-8, Egon Qratz?

—Digamos que hago un viaje de placer. No busco votos.

—Ya he dejado la política. No tengo un planeta al cual gobernar.

—Pero conserva el título.

Astrea se encogió de hombros.

—Me lo dan de modo honorífico. Soy una mujer como otra cualquiera —respondió.

Egon la miró críticamente de pies a cabeza.

—Las otras mujeres no son como usted —sonrió—. Usted es única.

—Sí, estoy bastante bien de cara y cuerpo —admitió Astrea en tono voluble—. Pero me he quedado sin empleo y, dentro de poco, sin dinero.

—Yo puedo indicarle un empleo en el que ganará mucho dinero.

—¿Cuál es, Egon?

El joven sonrió.

—Siendo tan hermosa, ¿le resulta difícil adivinarlo?

El pecho de Astrea se agitó tempestuosamente. Avanzó unos pasos, levantó la mano y asestó al joven una tremenda bofetada.

—Confirma los hechos con sus palabras —dijo, a modo de despedida.

Y salió.

Egon se llevó la mano a la mejilla castigada.

Sonrió.

—Una brava hembra —calificó a media voz.

* * *

La nave continuaba su veloz vuelo hacia Kashard-8.

El término del viaje se acercaba ya. Egon se aburría soberanamente. Llamó al comandante de la nave.

—Capitán Larres…

—¿Qué quiere usted?

—Deseo abandonar la cámara algún rato. Hay sitio de sobra en la nave.

Larres vaciló.

—Le concedo dos horas en el período nocturno, de las 22,00 a las 24,00. Vaya a la sala posterior de su cubierta.

—Gracias, capitán.

A las diez de la noche, Egon salió de la cámara, atravesó toda la cubierta y llegó a la sala de observación, situada a popa.

Era una estancia grande, encristalada, de forma semicircular, desde la que se divisaba un espectáculo magnífico.

Había un bar, ahora desierto. Abundaban las mesitas bajas y les cómodos divanes y sillones.

Egon permaneció de pie durante largo rato. Abstraído en sus pensamientos, no se dio cuenta de que alguien se le acercaba por detrás, hasta que fue demasiado tarde.

Entonces sintió un vivísimo dolor en la nuca. Las estrellas que contemplaba se multiplicaron muchas veces más. Luego desaparecieron.

Egon rodó por tierra sin conocimiento. El que le había golpeado se volvió hacia su acompañante.

—Vámonos —dijo—. Ése ya está listo.

—Cuando quieras, compañero —contestó el otro.

Los dos individuos retrocedieron hasta la puerta. El que había golpeado a Egon la cerró de tal modo que sólo quedase espacio para asomar la mano al interior, aunque con cierta holgura.

—Ahora dispararé —anunció con perversa sonrisa—. El aire se escapará y la falta de presión cerrará la puerta automáticamente.

—Cuidado con la mano —aconsejó su compinche—. Una vez vi a uno hacer lo mismo que tú y la puerta se cerró tan violentamente, que le seccionó la mano a ras de la muñeca.

—No te preocupes —sonrió el primero. Y apuntó hacia uno de los vidrios de la gran cristalera.

Pero no llegó a disparar. Una voz enérgica sonó de repente con tonos conminatorios:

—¡Suelte el arma o le mato!

Los dos individuos se estremecieron. Dudaron unos segundos y luego cambiaron una mirada de inteligencia.

De súbito, se volvieron hacia la joven. El segundo sacó también su pistola.

Astrea no se dejó sorprender. Apretó el gatillo dos veces y sendos proyectiles eléctricos colapsaron instantáneamente el sistema nervioso de los dos sujetos.

Ella les contempló fríamente unos segundos.

Estaban muertos. Aquellas descargas eran mortales de necesidad.

Astrea pasó por encima de ellos y entró en la cámara. Egon continuaba en el suelo.

Tras unos segundos de duda, Astrea se acercó al bar. Tomó una jarra y la llenó de agua.

Luego se acercó al caído y dejó caer sobre su cara un largo chorro de líquido. Egon se agitó, tosió, estornudó, lanzó un par de maldiciones y acabó sentándose en el suelo.

—¿Qué me ha pasado? —preguntó con voz insegura.

Ella soltó una alegre carcajada.

—Por lo visto, siempre hay gente disconforme con la sentencia del

juez Janar —contestó.

—¿Usted?

—¿Estaría vivo si hubiera sido yo?

Egon miró torpemente a su alrededor. A través de la puerta divisó los cuerpos de dos personas tendidas en el suelo.

—¿Quiénes son? —preguntó.

—Los otros dos pasajeros. Uno le golpeó y le dejó sin sentido. Se disponían a romper un cristal con un proyectil perforante, cuando intervine yo.

—¿Están muertos? —preguntó él con asombro.

—Después de una descarga colapsante, no se puede esperar la supervivencia.

Egon hizo un esfuerzo y se puso en pie.

—¿Cómo los encontró? —quiso saber.

—Me enteré de que vendría aquí —explicó ella—. Recordé la comida envenenada y me colgué una pistola del cinturón.

—Entonces, fue uno de ellos el que intentó envenenarme.

—Sí.

—Y usted me ha salvado la vida.

—Exacto.

—¿Por qué? Soy el responsable de la muerte de todos sus compatriotas.

—Eso es lo que yo quiero averiguar con toda exactitud. Y si resulta que lo es…

—¿No le basta la sentencia del juez Janar?

—No me fío. Los jueces, como humanos, son falibles.

—Imagínese que Janar hubiera acertado, como, en efecto, acertó. ¿Qué haría usted conmigo?

Los hermosos ojos de Astrea centellearon.

—Le mataría sin vacilar —contestó.

Egon se quedó solo. Al cabo de unos momentos, abandonó la cámara y se arrodilló junto a los muertos.

Examinó las documentaciones respectivas. Cabía que los nombres fueran falsos, pero los almacenó, en su memoria.

Podía resultarle interesante en un momento dado.

* * *

La nave aterrizó al fin en el astropuerto de Kashard-8.

Astrea desembarcó en primer lugar. Altiva y orgullosa, pasó por delante de Egon sin concederle siquiera una mirada.

Larres despidió a Egon de muy mal talante.

—Esto me va a costar un retroceso en mi carrera —se quejó.

—Hágase labrador. Es una profesión muy digna.

—Le he traído a usted; dos hombres han muerto…

—¡Mala suerte para ellos! ¿No me dedica más improperios, capitán?

Larres soltó un bufido.

—Es una lástima que el juez Janar prohibiera rozarle siquiera un pelo —gruñó.

—Sí, lo cual constituye un serio problema para mí, porque, ¿qué barbero se arriesgará a cortarme el cabello cuando lo tenga demasiado largo? —contestó Egon de buen humor.

Abandonó la escotilla y descendió por la escalera hasta la cinta deslizante que le conduciría a los edificios de astropuerto. En la compuerta de acceso, Larres se estremecía pensando en el fabuloso coste de aquel viaje, que no había reportado sino pérdidas.

Egon se acercó a las aduanas. Un reticente funcionario le pidió el pasaporte.

—¡Váyase al diablo! —contestó secamente.

Las personas le contemplaban con maligna curiosidad y le señalaban con el dedo.

—El traidor… el traidor…

Era lo único que escuchaba a su paso.

Salió del astropuerto y quiso alquilar un aero-taxi.

—Ésta no es una astronave y no tengo obligación de llevarte hasta la ciudad. ¡Camina! —contestó el taxista agriamente.

Egon echó a andar. Detrás de él se oyeron voces de todos los tonos: sarcásticas, burlonas, coléricas…, pero todas pronunciaban una sola palabra:

—Camina… ¡Camina!… ¡Camina!

La ciudad quedaba casi en el horizonte. El astropuerto se hallaba en una zona desértica. Soplaba viento y levantaba remolinos de polvo amarillento.

Apretando los labios, sin proferir una sola queja, Egon caminó paso tras paso, rítmicamente, manteniendo la velocidad de marcha en todo momento.

CAPÍTULO IV

Entró en la taberna. Conocía al dueño.

Había sido amigo de Falh Roa en tiempos pasados. Roa conocía a mucha gente en la capital de Kashard-8.

Abundaban las mujeres jóvenes y hermosas, vestidas con atavíos escasos de tela. La primera se le acercó insinuantemente, pero escapó apenas vio la señal de la traición.

Ya no le sonrió ninguna chica. Los hombres desviaban la mirada.

Egon se encogió de hombros. Ya empezaba a acostumbrarse.

Roa le vio y frunció el ceño.

—Te daré un vaso de agua —anunció—. No tengo obligación de darte nada más, y aquí no servimos comidas.

—Gracias, Falh; me conformo con el agua y una información.

—No estoy obligado a ello…

—¿Conoces a dos tipos llamados Jax Haft y Armin Geen? —preguntó Egon, impasible.

Roa vaciló.

—Vete al número 200 de la 11.ª Avenida —contestó.

—¿Qué hay allí?

—Un tal Miklos Varany tiene allí sus oficinas. Esos dos tipos trabajaban para él.

Egon arqueó las cejas.

—Claro —exclamó—. Varany… ¿Cómo no lo he sabido ver?

—¿Lo conocías? —preguntó Roa interesadamente.

—¿No eras tú el que no quería saber nada conmigo?

Roa se amoscó.

—Hombre…

—En vez del agua, pon vino —pidió Egon sonriendo.

Roa accedió.

—Egon, a ti te pasó algo gordo —dijo—. Yo no acabo de creerte culpable de aquella monstruosidad.

El joven despachó la copa de un solo trago.

—Pues lo soy —dijo.

—Vamos —resopló el tabernero—. ¿A quién le cuentas una fábula semejante?

—A ti, Falh. Gracias por el vino y la información.

Egon giró sobre sus talones y dio media vuelta.

Salió a la calle. Había caminado una veintena de pasos cuando, de pronto, se produjo un súbito revuelo en las inmediaciones.

—¡Soltadme, condenados!

Egon se puso rígido. Aquella voz…

La mujer forcejeaba con dos hombres que querían arrastrarla hacia un vehículo situado a poca distancia. Egon saltó hacia ellos.

Mientras se acercaba, oyó ruido de ropas desgarradas. Alcanzó a uno de los atacantes y le hizo girar con tremenda violencia. El hombre trastabilló ligeramente, lo que Egon aprovechó para conectar un terrible golpe a la mandíbula, que lo dejó sin conocimiento instantáneamente.

Su compañero dio un salto hacia atrás y trató de sacar un arma. Egon alargó el brazo derecho, tiró hacia sí y luego giró en redondo.

El resultado fue sorprendente. Su adversario voló por los aires, describiendo un semicírculo antes de estrellarse con un sordo golpe, contra la pared de una casa. Cayó al suelo y ya no se movió.

—Gracias, amigo —dijo la mujer, atusándose el revuelto cabello. Y de pronto, reconociendo a su salvador—. ¡Eres tú!

Egon lanzó un resoplido.

—¡Yulia!

Ella sonrió.

—Ya ves —dijo—. Esos rufianes querían asaltarme para vaciar mi bolso.

—Yo te hacía en…

—El aire de aquellos parajes no me sentaba muy bien, así que decidí cambiar de ambiente. Tú también, a lo que veo.

Egon se encogió de hombros.

—Ya conoces mi situación —repuso.

—A mí no me importa en absoluto. —Yulia se le acercó insinuante —. He alquilado un departamento. Está aquí cerca…

Egon le dio dos suaves palmaditas en la mejilla.

—Otro día —rechazó la invitación—. Vuelve a casa y sujeta bien el bolso.

Yulia suspiró.

—Es una lástima que no hayas sido tú el ladrón. Me hubiera dejado robar yo entera —dijo.

Egon no contestó. Dirigió una ligera sonrisa a la mujer y continuó andando.

* * *

Un guardia le tocó con el cabo de la porra.

—Arriba, tú. Aquí no se puede dormir.

Egon abrió un ojo.

—¿Ah, no? Dígame, amigo, ¿me alojará usted en su casa por esta noche?

El guardia respingó.

—¡Egon Qratz!

—El mismo —confirmó el joven sonriendo—. Y como si yo le pido comida me la dará, pero no alojamiento, en alguna parte tengo que dormir. Este banco del parque me gusta mucho.

—De acuerdo, de acuerdo —refunfuñó el vigilante—. Siga durmiendo y a ver si esta noche hay tormenta y cae un rayo que lo fulmina.

—¡Gracioso!

El guardia se alejó y Egon volvió a cerrar los ojos.

—Menos mal que hace un tiempo excelente —masculló.

Por la mañana se levantó y se metió en el primer restaurante que encontró abierto a su paso. Fue a los lavabos y allí se aseó un poco. Inmediatamente que terminó, el dueño llamó a una brigada de obreros para que lo demolieran todo y construyeran unos servicios nuevos.

—Pues como siga así, va a tener que destruir el negocio —dijo Egon impertérrito, cuando se enteró de la noticia, no anunciada a media voz precisamente—. Sírvame el desayuno, amigo.

—¡Váyase al diablo! —contestó en tono malhumorado el dueño del local.

—¿Quiere que llame a un guardia?

—Me gustaría saber quién es el condenado, si usted o nosotros —

exclamó el sujeto, a la vez que elevaba los ojos al cielo.

—Aguantar a tipos como usted no es condena agradable —sonrió él.

Después de desayunar tranquilamente, Egon caminó por las calles hasta encontrar el edificio donde Varany tenía sus oficinas.

En un principio, Varany se negó a recibirle, pero accedió cuando Egon amenazó con echar abajo todas las puertas que se oponían a su paso. Al fin, pudo encontrarse frente al hombre a quien buscaba.

—Está bien, despache pronto y lárguese —gruñó Varany—. Estoy obligado a darle de comer y de beber, pero nada más.

—Y también está obligado a contestarme por, el origen de las piezas etiquetadas bajo la denominación genérica EF-5-X y que servían para componer determinadas partes del artefacto llamado oficialmente «SB-LL1» y conocido más vulgarmente por el sobrenombre de la superbomba.

La cara de Varany se quedó de súbito sin color.

Era un hombre grueso, sanguíneo, robusto. En un instante pareció perder la mitad de su peso.

—¿Qui… quién le ha dicho eso? —preguntó con voz trémula.

—Nadie, son suposiciones mías.

—Yo… no sé nada. Importé las piezas de la Fábrica Ochenta y dos. Tengo la licencia en regla, si la quiere ver…

—No me interesa su licencia. Me interesa lo que le pregunté antes. Esas piezas no salieron de la Fábrica Ochenta y dos, aunque se haya hecho pasar así. ¿Quién las construyó?

La nuez de Varany osciló repetidas veces arriba y abajo.

—Yo… le juro que…

—No me diga que no sabe nada, porque eso no se lo creería nadie que le, conozca a usted medianamente. ¿De dónde vinieron las piezas? —insistió Egon, implacable.

Varany sudaba a chorros.

—Espero su respuesta —dijo Egon, en vista del silencio de su interlocutor.

—Soy inocente… —declaró Varany plañideramente.

—En tal caso, si es inocente, ¿por qué envió a dos de sus empleados a eliminarme? Se llamaban Haft y Geen. Ahora están muertos.

Varany contempló aquellos ojos que le miraban inflexiblemente. Sintió miedo.

—E… espere un momento… Le diré…

La mano derecha del individuo fue hacia uno de los cajones de su mesa. Egon tensó sus músculos, temiendo una trampa.

Varany abrió el cajón. En el mismo instante, se oyó una apagada explosión y Varany se estremeció con una convulsión tan fuerte, que rodó del sillón al suelo.

Egon se quedó estupefacto.

Varany pataleaba con movimientos cada vez más débiles. Egon se precipitó a su lado.

El hombre se moría a chorros. La sangre brotaba caudalosamente de una terrible herida abierta en el centro del pecho.

Los ojos de Varany le dirigieron una angustiosa mirada.

—Li… va… Antl… —balbució y, de repente, dobló la cabeza a un lado y se quedó inmóvil.

Aquellas sílabas parecían componer su nombre, pensó Egon, mientras se ponía en pie. Luego dirigió la mirada al cajón de donde había salido aquel extraño proyectil que había matado a Varany.

Había en él un raro artefacto, que le pareció un aparato de radio, emisor y receptor. Uno de sus ángulos estaba chamuscado.

Por allí había salido el proyectil y, no cabía la menor duda, el disparo se debía a alguien que había estado oyendo el diálogo y que había adivinado la debilidad de Varany. ¿Quién era persona?

¿Liva Antl?

—Tal vez, pero, ¿quién es Liva Antl? —se preguntó, meditabundo.

* * *

Su amigo Roa no pudo darle datos acerca de Liva Antl.

—No sé quién es —contestó.

Egon abandonó el local. Apoyada en una esquina, con una cañita de «duunk» entre los dientes, vio a Yulia.

Los dedos del joven agarraron la cañita y la dispararon a lo lejos.

—No mastique esa droga —reprendió con malhumor.

—Estaba aburrida —contestó ella sin enojarse.

—¿No pasan «clientes»?

—No de mi gusto, buen mozo.

—Quizá lo soy yo.

—Seguro.

Yulia le sonreía provocativamente.

—Estás preocupado, traidor —le apostrofó con acento amistoso.

—Eso no es cuenta tuya, creo.

—Quizá, pero ¿por qué no te vienes a mi casa a tomar una copa? Eso te relajaría bastante.

—¿Tú crees?

—No debe de ser muy agradable vivir continuamente bajo la incesante hostilidad de los demás. —Yulia se colgó de su brazo—. Anda, ven y charlaremos. Te escucharé con toda paciencia, como una madrecita escucha las cuitas de su hijo.

Egon la miró de arriba abajo.

—Tu aspecto es todo menos maternal —refunfuñó.

Yulia se echó a reír alegremente.

—¡Claro! Si no fuera así, no tendría «clientes», como tú los llamas. Incluso con este aspecto, no «pican»…

—Yulia, tú pareces un poco más fina de lo que se te ve. ¿Por qué sigues esta vida?

Ella se encogió de hombros.

—No sé hacer otra cosa —contestó en tono indiferente.

Minutos más tarde, entraban en el departamento de la joven. Ella le indicó una mesa con servicio de licores.

—Ponte lo que quieras. Voy a cambiarme de ropa.

Egon llenó una copa y la contempló al trasluz. Maquinalmente, sin darse cuenta de lo que hacía, dijo:

—¿Quién demonios es Liva Antl?

Sonó un gritito de sorpresa.

—¡Eh! ¿Por qué has pronunciado ese nombre?

Egon volvió la cabeza. Yulia asomaba por encima del biombo, enseñando sus hombros desnudos.

—No sé… Hablaba en voz alta… —respondió, vacilante.

—Vaya —resopló Yulia—. No está bien hablar de esa mujer delante de mí. Me parece que no me merezco ese comportamiento por tu parte, Egon.

El joven se quedó muy sorprendido.

—¿Es una mujer? ¿Acaso la conoces tú?

—De un modo personal, no, pero sé quién es —declaró Yulia.

CAPÍTULO V

Yulia salió de detrás del biombo, «vestida» con una especie de saco sin mangas de una transparencia casi total, que le llegaba a los pies. Debajo de la prenda no había nada más.

Alargó la mano y tomó la copa que Egon acababa de llenar.

—¿Para qué buscas a Liva? —preguntó.

—Tengo que hablar con ella —respondió él lacónicamente.

Yulia le miró con sarcasmo.

—¡Infeliz! Aunque ocupases el puesto que tenías antes de tu condena, tu sueldo de dos años no bastaría para pagar una «entrevista» con Liva —dijo.

—Pero, bueno —exclamó él, impaciente—, ¿es que no puedes decirme de una vez quién es esa tal Liva Antl?

Yulia se reclinó indolentemente en un diván, con la copa en una mano, y sonrió.

—Lo mismo que yo, pero de una categoría infinitamente superior —contestó.

—Vaya —respingó él—. Quién lo dijera. ¿Sabes acaso dónde vive?

—¿Para qué quieres verla?

—Eso no te importa a ti. Contéstame.

—¿Cómo andas de dinero?

—Ni cinco, pero eso no importa. Veré a Liva.

—Lo dudo. Yo te prestaría algo, pero no tengo suficiente para pagar el alquiler del yate especial que te llevaría a los dominios de Liva.

—¿Cómo?

—Vive en una especie de asteroide artificial, con una pequeña corte de servidores, entre los que se incluyen cuatro fieras de dos patas vulgarmente llamados guardaespaldas. Cualquiera que desee visitarla,

ha de enviar antes un espaciograma con el resguardo de un ingreso bancario a su favor por diez mil créditos.

—No está mal —gruñó Egon—. ¿Y qué pasa si no se envía ese resguardo bancario?

—Sencillamente, Liva no accede a la «entrevista».

Egon se puso en pie.

—De todas formas, yo no voy a verla para lo que te imaginas —manifestó—. Sólo me hace falta el dinero para el alquiler del bote especial y creo que con quinientos créditos podré pasar.

—Yo sólo tengo doscientos…

—Gracias, pero no acostumbro a cobrar los favores que hago.

Yulia se puso en pie y corrió hacia él.

—¿Te vas? —preguntó con ansiedad en su voz.

—Sí.

—Lástima. Yo que había pensado que me harías un rato de compañía…

—Lo siento. Tengo que hacer. Gracias por todo, Yulia.

* * *

Falh Roa meneó la cabeza como respuesta a la petición de Egon.

—Lo siento. Soy tu amigo, pero los negocios andan muy mal. Difícilmente hago treinta o cuarenta créditos por día… y los impuestos nos abrasan. Créeme que si pudiera…

—No te molestes más, Falh. Gracias de todas formas —dijo Egon, decepcionado. Sabía que Roa le mentía, pero ¿qué podía hacer?

—Escucha, Egon —exclamó de pronto el tabernero—. Puedo darte un consejo. Pide un bote, te lo darán gratis.

—No, no es lo mismo que un pasaje en una astronave de viajeros. Adiós, Falh.

Salió a la calle. ¿Quién le prestaría los quinientos créditos?

Si Roa, que decía ser su amigo, no lo había hecho, ¿lo harían los demás, que escupían a su paso?

Pero él tenía que hablar con Liva Antl y lo conseguiría a cualquier precio.

De repente, concibió una súbita idea. Sí, ¿por qué no intentarlo?

Había en Kashard-8 una persona que podía darle los quinientos créditos. Y más, si era necesario.

El único inconveniente consistía en que Astrea de Hadverlin podía estimar superfluo el viaje al asteroide de Liva.

Consultó el reloj. Era ya muy tarde.

Además, no había ninguna prisa. Tenía toda una vida por delante.

Buscó el mismo banco y se tumbó a dormir. Esta vez no le molestó ningún guardia. El mismo que le había llamado la atención anteriormente había colocado un cartelito con la siguiente inscripción: RESERVADO PARA EL TRAIDOR.

* * *

El conserje del hotel casi se desmayó al enterarse de la petición de Egon.

—¿Tú, miserable traidor, hablar con la noble dama Astrea de Hadverlin?

Egon alargó la mano y agarró al individuo, zarandeándolo con fuerza, hasta que le castañetearon los dientes.

—Llámala —dijo con voz cortante—. Llámala o te parto por la mitad.

El conserje obedeció. La respuesta fue un lacónico:

—¡Que suba!

Momentos después, Egon estaba en presencia de Astrea.

—Habla —le invitó ella fríamente, sin mirarle siquiera—. Dime lo que quieres.

Egon observó que Astrea le tuteaba. Decidió emplear el mismo tratamiento.

—Necesito quinientos créditos —manifestó.

—¿Para qué?

Egon vaciló. Astrea no le había mirado siquiera todavía. Estaba muy ocupada en armar la pirámide de pelo que constituía su peinado, sentada frente a un espejo.

—Quiero ver a una mujer —dijo al cabo.

—Su nombre.

—¿Es necesario que te lo diga todo? —masculló él.

—Voy a invertir en ti quinientos créditos. Mi fortuna quedó muy quebrantada después de lo que hiciste. Necesito garantías para mi dinero, compréndelo.

—Yo no fui… —Egon suspendió la protesta, sabiendo que sería

inútil—. Está bien. Se llama Liva Antl.

Astrea soltó una estridente carcajada.

—¿Qué te pasa? ¿Te burlas de mí? —preguntó él, amoscado.

—Me haces mucha gracia, Egon. Quinientos créditos para ver a Liva Antl, cuando se necesita una suma veinte veces mayor para conseguir la gracia de una de sus sonrisas. ¿Estás loco?

—Quizás ella puede pedir esas sumas —dijo Egon fríamente—. Tú lo harías, probablemente, por diez créditos.

Astrea se sofocó violentamente. Egon se dirigía ya hacia la puerta, pero ella lo detuvo con un grito:

—¡Aguarda!

Egon se detuvo. La mujer se puso en pie y se le acercó.

—Vas a perder el tiempo —anunció.

—Pero ¿es que te crees que voy a admirar solamente la belleza de Liva?

—No, claro que no, ya sé qué es lo que te propones… pero desde aquí te digo que pierdes el tiempo.

—Eso es cuenta mía.

Astrea se encogió de hombros.

—Como quieras.

Se separó de él, entró en el dormitorio y volvió a poco con un pequeño fajo de billetes, sujetos con una delgada presilla de oro.

—Ahí tienes —dijo—. ¡Suerte, Egon!

—Algún día te devolveré el dinero, Astrea.

—¡Bah! Es un préstamo a fondo perdido.

Egon se encaminó nuevamente hacia la puerta.

Cuando se disponía a abrir, Astrea volvió a llamarle:

—Egon.

—Dime, Astrea.

—¿Crees que Liva… es más hermosa que yo?

Egon la miró fijamente durante un segundo.

—No voy a actuar de jurado en un concurso de belleza —contestó al cabo.

Y salió.

El pequeño bote espacial orbitaba lentamente en dirección a su objetivo cuando, de repente, una luz de color ámbar titiló rápidamente en el cuadro de mandos.

Egon entendió que debía conectar el sistema de comunicaciones.

Movió un par de palanquitas y la pantalla de televisión aneja a la radio se encendió casi en el acto.

—Está acercándose peligrosamente a la órbita del asteroide privado EK-12771 —sonó una voz de tonos pocos amistosos—. Cambie su rumbo y aléjese.

—Precisamente me dirijo a ese asteroide —habló Egon con calma—. Deseo visitar a la Muy Honorable Liva Antl.

Mientras hablaba, estudiaba la cuadrada cara del sujeto que tenía en la pantalla, un hombre voluminoso y robusto, a juzgar por lo poco que podía ver.

—¿Está citado previamente con ella? —preguntó el individuo.

—No. Indíquele mi nombre: Egon Qratz.

Hubo un leve gesto de sorpresa en la cara del hombre. Luego contestó:

—Está bien, permanezca a la espera. Hablará con ella.

«La Muy Honorable», sonrió Egon para sus adentros. Todos sabían lo que era Liva Antl, aunque todos, también, fingían ignorar su «profesión», antigua como la mujer misma. Aquel título, se dijo, debía de habérselo otorgado algún jefe de estado planetario, en agradecimiento a «servicios» prestados.

La espera duró un minuto escaso. El comunicante se dejó ver nuevamente en la pantalla:

—La Muy Honorable Liva Antl no desea recibirle. Abandone su órbita de contacto en seguida. Tenemos autorización para repeler por la fuerza visitas indeseables, ¿estamos?

—Pero…

—¡Obedezca!

Egon tocó uno de los mandos del yate y la navecilla inició una larga curva que la separaría del asteroide privado. Estaba furioso.

Liva no quería recibirlo. Los motivos estaban bien claros.

Tendría que buscar el medio de penetrar subrepticiamente en el asteroide. Le gustase o no, Liva contestaría a sus preguntas.

Porque no cabía la menor duda: Liva Antl estaba metida hasta el cuello en el asunto.

De repente, sonó una voz en el interior de la cabina. Sorprendido, Egon se dio cuenta de que no había desconectado el sistema de comunicaciones, indudablemente por distracción:

—Habla el capitán Werks. Estoy acercándome al asteroide. Llevo

una pasajera a bordo. Su nombre es Yulia Benno, contratada para la servidumbre de la Muy Honorable Liva Antl.

CAPÍTULO VI

Yulia había demostrado ser más lista que él. Claro que el empleo mencionado parecía muy adecuado para una mujer.

El asteroide orbitaba a unos sesenta mil kilómetros del planeta. Egon estableció con su yate una órbita de treinta mil y empezó a dar vueltas pacientemente.

Comió, durmió, volvió a comer y volvió a dormir antes de recibir el mensaje esperado:

—¿Egon?

La voz de Yulia sonaba cautelosa.

—Sí —contestó él.

—Todos están durmiendo —informó ella—. Sube con cuidado. Sigue el tercer canal de acceso y no te desvíes un palmo, o harás funcionar los detectores.

Egon soltó una risita.

—Sabías que aguardaría tu llamada, ¿verdad? —dijo.

—No hables tanto y actúa —respondió Yulia.

Y cerró la comunicación.

Egon manejó con rapidez los controles del artefacto. El yate ascendió casi verticalmente a una velocidad increíble. Mientras subía, estableció el rumbo en la computadora, buscando el canal señalado.

El asteroide se hizo al fin visible a ojo desnudo. Era, simplemente, una gran plataforma, con una cúpula que lo cubría todo.

Había un —edificio principal, que debía de ser el alojamiento de Liva, y dos más pequeños, sin duda destinados a la servidumbre. Delante de la fachada del mayor de los edificios, había un gran jardín con piscina, lo que le dijo que el asteroide disfrutaba de gravedad artificial.

Debajo de la plataforma divisó una luz oscilante. Gobernó el yate con todo cuidado y se situó debajo de la gran abertura que había en la base. Al ascender para entrar en el hueco, unas compuertas se cerraron bajo la navecilla, accionadas por un mecanismo automático.

Esperó unos momentos. Al fin vio a Yulia aparecer por una puertecita que daba al recinto. La joven iba sin escafandra, lo que le dijo que ya había presión normal de aire.

Levantó la cúpula del bote y saltó al suelo. Corrió hacia Yulia.

—Lo has hecho magníficamente —elogió—. Pero ¿cómo…?

Yulia se llevó un dedo a los labios.

—Silencio —susurró—. Luego vendrán las explicaciones. Sígueme.

Ella le tendió una mano que Egon aceptó de buen grado. Subieron unas escaleras y entraron en una pequeña sala sin especial interés. Después de atravesarla, aparecieron en un vasto salón, de suelo brillante y lujosamente decorado.

Una de las paredes del salón estaba totalmente encristalada y daba al jardín. Adosada a otra de ellas, había una escalera de peldaños al aire, que conducía al piso superior.

Egon vio valiosos cuadros y artísticos candelabros. El conjunto, un poco anticuado, resultaba de una elegancia singular.

—Por lo menos, tiene buen gusto —murmuró.

Subieron despacio. Yulia se detuvo ante una puerta con herrajes de oro.

—Aquí es —indicó.

Egon asió el picaporte y lo hizo girar. Asomó la cabeza.

La estancia se hallaba sumida en la penumbra. Tendida en un vasto lecho de forma circular, con un dosel en forma de concha nacarada, dormía Liva Antl.

Era una mujer bellísima, reconoció Egon. El cabello se esparcía como un abanico negro sobre la almohada y un brazo de suave color canela subía del embozo de las sábanas, desordenadas parcialmente, lo que permitía ver una pierna de contornos perfectos.

A la derecha de la cama había una gran vidriera, que ocupaba una pared casi por completo. El espectáculo que se divisaba desde allí resultaba fascinante.

Egon cerró la puerta. Luego encendió las luces.

Liva parpadeó un momento y luego abrió los ojos. Divisó a la pareja a los pies de la cama y se sentó de golpe.

—Egon Qratz —exclamó, sumamente pálida.

—El mismo —contestó Egon, sonriendo—. Lamento interrumpir tu sueño, pero las circunstancias no me permiten otra opción.

* * *

Hubo una profunda pausa de silencio. Los ojos de Liva fueron a Yulia.

—Me has engañado —acusó.

Yulia sonrió.

—No es pecado engañar a quien engaña —contestó.

—Déjate de juegos de ingeniosidades. Tus certificados de servicio eran falsos.

—Lo admito, pero no es menos falso tu comportamiento.

—Pero, ¿qué diablos te importa a ti…?

—Un momento —terció Egon—. Temo que no hemos venido a hablar de engaños mutuos, sino de otra cosa.

Sus ojos miraron duramente a Liva.

—Hemos venido aquí a hablar de unas piezas que no fueron elaboradas en la Fábrica Ochenta y dos. ¿Dónde las construyeron?

La cara de Liva se puso gris.

—¿Quién te lo ha dicho? —exclamó.

—Luego es verdad —sonrió Egon—. ¿Por qué haces esa pregunta, cuando sabes muy bien que fue Varany quien me lo dijo?

—Varany ha muerto.

—Lo sé. Yo estaba presente cuando murió. Es más, sospecho que tú lo mataste.

—¡No, no fui yo! —gritó Liva descompuesta.

—Entonces dime su nombre.

Ella vaciló.

—No… no puedo…

—Vamos, Liva, no seas ingenua. ¿Acaso prefieres que te saque la respuesta por otros procedimientos?

De repente, agarró una de las sábanas y rasgó una larga tira, al final de la cual hizo un grueso nudo. Divisó una jarra de agua sobre una mesita y mojó el nudo.

—Un látigo improvisado, pero de gran efecto —sonrió con fingida perversidad.

Liva estaba aterrada.

—Te digo que no…

—La superbomba cambió de órbita porque alguien le puso unas piezas elaboradas defectuosamente con plena deliberación. Los embalajes de las piezas señalaban como punto de origen la Fábrica Ochenta y dos, pero no fueron construidas allí. Tú lo sabes y yo te arrancaré el lugar donde fueron construidas esas piezas defectuosas, aunque para hacerlo tenga que despellejarte viva.

Hizo una leve pausa y añadió:

—Vives de tu belleza, pero yo la destruiré si es preciso. Sería un castigo mayor que matarte, ¿entiendes?

—Lo hará —dijo Yulia sonriendo—. Habla, conviene, Liva.

Liva contempló los rostros de la pareja y vio que no podía esperar compasión. Abrió la boca y dijo:

—Las hicieron en Curzy…

Un ruidito sonó de pronto a espaldas de los intrusos. Egon se volvió a tiempo de ver que la puerta se abría despacio.

Liva exhaló un grito de alegría.

—¡Imbéciles! —dijo—. Ignorabais que el picaporte está conectado a un sistema de alarma, que funciona cuando alguien abre la puerta sin mi permiso.

Un hombre apareció en el umbral provisto de una pistola colapsante. Liva aulló:

—¡Mátalos, Erki, mátalos!

Pero el hombre, en lugar de apuntar hacia Egon, lo hizo hacia Liva. Apretó el gatillo y la cortesana recibió una terrible descarga que la hizo retorcerse como un gusano durante un instante.

, Luego se quedó inmóvil sobre la cama. El arma empezó a volverse ahora hacia Egon y Yulia.

* * *

Erki había cometido un error. O tal vez debía obrar de aquella manera, pensó Egon, mientras volaba por los aires en un audaz *plongeon*, que terminó cuando su cabeza chocó contra el pecho del Individuo.

Era un sujeto gigantesco, pero Egon pesaba lo suyo. Erki, sin aire en los pulmones, cayó con los pies por alto, resoplando ruidosamente.

La pistola se escapó de sus manos. Egon trató de recogerla, pero Erki poseía una resistencia increíble y lo rechazó de un golpe de antebrazo, que le hizo dar varias vueltas por el suelo.

La mano de Erki voló hacia la pistola. Cuando sus dedos rozaban ya la culata del arma, un pie femenino la hizo deslizarse unos metros por el suelo.

—¡Agárrala, Egon! —gritó Yulia.

Egon se apoderó de la pistola y apuntó con ella a Erki.

—Ponte en pie —ordenó.

Erki obedeció, con el furor retratado en sus ojos. De repente, Yulia lanzó un agudo grito:

—¡Cuidado, Egon!

El joven volvió la cabeza. Otro de los guardaespaldas de Liva subía por la escalera a grandes zancadas, armado también con una pistola colapsante.

Aquella distracción fue aprovechada por Erki, quien saltó hacia delante, de la misma manera que lo había hecho Egon antes. Pero cometió un error y se interpuso en la trayectoria del proyectil que acababa de disparar su compañero.

Egon cayó de espaldas, proyectado al suelo por el cuerpo de un agonizante. El recién llegado disparó otro proyectil, pero falló.

Furioso, intentó tomar de nuevo puntería. Un valioso jarrón de porcelana, arrojado por Yulia, se estrelló a sus pies, haciéndole sobresaltarse.

Aquel respiro permitió reaccionar a Egon. Apretó el gatillo desde el suelo y el individuo saltó hacia atrás. Empezó a rodar por la escalera y no se detuvo hasta haber saltado el último peldaño.

Egon se puso en pie de un salto.

—¡Vamos, Yulia, tenemos que salir de aquí cuanto antes!

Ella le siguió sin vacilar. Cuando llegaban al salón, vieron que los otros dos guardaespaldas atravesaban el jardín a la carrera.

—Déjame a mí —pidió Yulia.

Corrió hacia una columna de fuste dórico, que sustentaba un historiado jarrón, y apoyó la mano en una de las asas del jarrón.

—¡Agárrate fuerte, Egon! —indicó.

El joven obedeció, sin comprender las intenciones de Yulia. Ella tocó un resorte y, en el mismo instante, las aguas de la piscina salieron disparadas a lo alto en un gigantesco surtidor de espuma.

Egon sintió que perdía todo su peso instantáneamente. A través de la vidriera, pudo ver a los dos esbirros que ascendían perneando frenéticamente, hasta detenerse en la parte superior de la cúpula.

Yulia conectó de nuevo la gravedad artificial.

La pareja cayó de golpe, envueltos ambos en la masa de agua, que retornó en su mayor parte a la piscina, con grandes remolinos. Yulia soltó una ruidosa carcajada.

—Ahora podemos irnos con tranquilidad —dijo, a la vez que echaba a correr.

Egon no se demoró en seguirla.

CAPÍTULO VII

—Nos hemos marchado antes de tiempo —se quejó Egon.

—¿Por qué? Ya sabes lo que te interesa-alegó Yulia.

—Liva no tuvo tiempo de hablar…

—¿Es que no oíste lo que dijo?

—Dejó la frase incompleta.

—Liva dijo: «Curzy…». ¿Es que tú no sabes completarla?

Egon reflexionó unos momentos.

—Curzyane-1 —dijo al cabo.

—Justamente. Allí es donde se fabricaron esas piezas defectuosas.

Egon hizo un gesto de desaliento.

—¡Pero, Yulia, Curzyane-1 es un planeta! Hay miles de millones de seres humanos e infinidad de industrias…

Ella movió la cabeza.

—La verdad, no sé cómo pudiste pertenecer un día al Servicio Secreto de la Ultrafederación —dijo con aire de lástima—. Reflexiona un poco, hombre. ¿O es que quieres que te lo dé yo todo hecho?

—Bueno, de este modo, me evitarías una jaqueca —rezongó él.

—Curzyone-1 tiene fama por una cosa, sobre todo, mejor dicho, una de sus ciudades, Sub-Cur-zyone-E-43. ¿No lo recuerdas?

Egon chasqueó los dedos.

—Claro, ahí es donde se adiestran los mejores guardaespaldas de la Ultrafederación. Si uno quiere estar bien protegido y dispone de dinero suficiente, en Sub-Curzyone-E-43 conseguirá sus deseos.

—Exactamente —confirmó Yulia, sonriendo.

—Bien, Liva tenía esos guardaespaldas curzyonianos, pero, ¿por qué diablos se metió en estos jaleos?

Yulia se contempló las uñas críticamente.

—Tú no te fijaste bien en Liva, ¿verdad?

—Bueno, era una mujer muy hermosa…

—Estaba dejando de serlo. Mantenía su prestigio, pero cada vez tenía menos admiradores de su belleza.

Egon se quedó con la boca abierta. Yulia continuó:

—En dos palabras, estaba haciéndose vieja, aunque hubiese recurrido a la cirugía estética y a los procedimientos médico-químicos de rejuvenecimiento. Pero ya tenía otras competidoras tan bellas y más jóvenes y, sobre todo, más… más asequibles, ¿comprendes?

—Estás muy bien enterada de ciertas peculiaridades —dijo Egon, mirándola de reojo.

—Bueno, una oye, calla…, y almacena chismes en la memoria —rio la joven—. El gasto de Liva era muy grande y ya tenía dificultades en sufra-garlo. Entonces, recurrió a otros procedimientos para aumentar sus ingresos.

—Comprendo. Se metió en este jaleo de las piezas defectuosas y debió de recibir una buena suma de dinero.

—Exactamente —corroboró Yulia—. Pero quizá sus guardaespaldas eran, a la vez, sus vigilantes, y Erki la mató para que no hablara.

—La cadena se ha roto en ese eslabón —suspiró Egon.

—Pero sobemos dónde está el otro trozo de la cadena.

—En Sub-Curzyane-E-43.

—Sí, allí mismo.

Egon se inclinó en el asiento.

—Yulia, ¿de dónde sacaste tú que Liva necesitaba una chica de servicio?

Ella se echó a reír.

—La había pedido a una agencia y me avisaron a mí.

Egon la miró oblicuamente.

—Tengo la sensación de que no eres lo que aparentas —dijo—. ¿Por qué haces todo esto, Yulia?

—Para ayudar a un traidor —respondió la joven.

Cuando descendieron de la nave, Egon dijo:

—No sé dónde dormiré esta noche. Nadie puede darme alojamiento…

Yulia le golpeó alegremente en los hombros.

—Las leyes se han hecho para ser quebrantadas —dijo—. ¡Ven a mi casa, hombre!

* * *

Egon se sentía profundamente cansado. Llenó una copa de vino y se derrumbó en un diván.

Yulia andaba por el interior del departamento. Egon cerró los ojos.

El viaje a Curzyane-1 podía ser fácil, pero no la estancia en Sub-Curzyane-E-43. El negocio principal de aquella ciudad estribaba en el adiestramiento y contratación de guardaespaldas, delicado eufemismo con el que se quería ocultar el verdadero significado de la palabra.

En aquella ciudad lo que se adiestraba, en realidad, eran asesinos profesionales. Servían para todo: mayordomos, criados, conductores, vigilantes, pero si su contratante se lo ordenaba, cumplían con su verdadero papel: el de asesinos a sueldo.

Era una industria muy lucrativa. Todos los hombres que salían de Sub-Curzyane-E-43 enviaban regularmente, en concepto de impuestos, el treinta por ciento de sus beneficios. Alguno de ellos lo había omitido. Su existencia se había abreviado rápidamente.

Pocos solían defraudar a la hacienda curzyaniana. Sabían que, además estaban protegidos por una sólida cofradía, que haría lo imposible por sacarles de cualquier apuro en que se hubieran metido involuntariamente. Pero, sobre todo, por sus «servicios», percibían unos sueldos exorbitantes.

Como pista, tenían el nombre de una ciudad y el de un curzyaniano. Tendrían que desenvolverse a partir de unos datos tan parvos.

Yulia apareció de pronto, interrumpiendo sus reflexiones.

—Te he preparado una cama —sonrió—. Imagino que querrás descansar un rato antes de iniciar los trámites para el viaje a Curzyane-1.

Egon sonrió.

—Mis trámites son bien sencillos —dijo—. No tengo más que presentarme en el aeropuerto y pedir un pasaje para la primera nave que parta hacia Curzyane-1.

—Es verdad —dijo—. Lo había olvidado.

Egon se puso en pie.

—¿Por qué me ayudas? —preguntó.

Yulia se encogió de hombros.

—Simpatía, tal vez —contestó evasivamente.

—¿Sólo simpatía?

Hubo un instante de silencio. Egon se acercó a la joven y puso

ambas manos sobre sus hombros.

—Tú no eres lo que aparentas —dijo.

—¿De veras?

Yulia le desafiaba con la sonrisa. Egon bajó las manos y rodeó su cintura.

—¡No! —prohibió ella con un grito.

Pero ya era tarde. Los brazos de Egon presionaron con fuerza el esbelto talle de Yulia, a la vez que buscaba su boca con avidez.

Se oyó un ligero chasquido. Egon se encontró con que estaba besando a Astrea de Hardverlin.

* * *

De un salto se separó de ella, y la contempló con cara de pasmo.

—¡Tú! —dijo.

Astrea sonrió de mala gana.

—Ya ves… —contestó.

Metió las manos por debajo de su túnica y sacó un ancho cinturón, provisto de una serie de botones, que lanzó a un lado con gesto más bien desanimado.

—Es un aparato para cambiar el aspecto de las personas —dijo—. Influye en la mente de los demás.

—Te has hecho pasar por una…, una… ¡Pero no lo eres!

—No —contestó Astrea—. Sin embargo, era un buen disfraz. Se oyen muchas cosas interesantes.

—No lo dudo —gruñó él—. Pero, ¿por qué…?

—¿Es que no lo entiendes? —dijo Astrea con voz crispada.

—Ah, vamos, tu presidencia perdida.

—¡Eso es lo de menos! —protestó ella indignada—. Se perdieron miles de millones de vidas. Y eran mis compatriotas.

—También murieron los habitantes de ciento treinta y siete planetas más.

—¡Pero yo me refiero a los míos! Y quiero hallar al culpable.

—Lo tienes delante, Astrea.

Ella hizo un signo negativo.

—Puedes ser en parte culpable, pero no traidor. Además, tú me interesas mucho menos que quienes te tendieron la trampa que te hizo olvidar tus obligaciones.

—No fue ninguna trampa…

—¿Ah, no? Entonces, ¿qué me dices de tus devaneos con la bella y casquivana Sheffia Gal?

Egon se puso rígido.

—Lo sabes todo —dijo.

—Claro que lo sé todo. Está en tu sumario. Pero lo que la gente ignora es la verdadera personalidad de Sheffia.

—Es una chica estupenda, aunque un poco ligera de cascos —manifestó él.

—De acuerdo, pero ligera de cascos por voluntad propia, lo mismo que yo desempeñaba el papel de Yulia. Es decir, Sheffia no actuaba de un modo enteramente libre, ni tampoco forzada, sino, más bien aconsejada. Y ella comprendió la naturaleza de su misión y accedió a engatusarte.

—¿Quién la aconsejó? —preguntó Egon.

—Ella se llama, realmente, Sheffia Er Oekvi.

—¿Pariente de… Zaan Er Oekvi? —tartamudeó él.

—Hija del presidente de la Intrafederación, para ser más puntuales. Así, engañándote a ti, destruyeron, con ciento treinta y ocho planetas, la amenaza que pesaba sobre los planes expansionistas de Zaan Er Oekvi y su corte de secuaces. Destruida la barrera natural de los ciento treinta y ocho planetas, destruida también la única arma que podía tenerlos a raya, se ha abierto ahora una brecha en nuestro sistema ultrafederacional, que amenaza con barrernos a todos de esta zona de la Galaxia.

* * *

Egon empezaba a ver claras ahora muchas cosas que antes le aparecían en sombras.

El amor de Sheffia no había sido tan desinteresado como aparentaba.

Podía sucederle a un hombre. Había sucedido tantas veces…

Pero esto era lo de menos. Sheffia le había engañado y él había caído en la trampa como un chiquillo.

Y durante su ausencia, alguien, prevenido de antemano, había cambiado las piezas en la superbomba y se había producido la catástrofe.

Se preguntó si resultaría rentable ir a Curzyane-1 ahora que ya conocía la verdad. Pero había demasiada gente complicada en el asunto.

Era preciso destruir la red hasta sus últimas ramificaciones. Además, acusando directamente a Zaan Er Oekvi no conseguiría nada.

¿Quién creería la acusación de un traidor?

En todo esto pensaba mientras se acercaba a la oficina de pasajes en el astropuerto.

—Deseo un pasaje para Curzyone-1 —manifestó.

El empleado le miró con perceptible repugnancia.

—Oiga, ¿no puede ir en otra nave? —preguntó.

—Si le digo que no voy a ir en la primera que zarpe, usted me dirá lo mismo respecto de la siguiente. ¿Me equivoco?

El sujeto pareció resignarse.

—Avisaré para que evacúen la nave —dijo—. Nadie querrá respirar el mismo aire que un cochino traidor.

—Usted no se ha muerto todavía, ¿verdad? —respondió Egon en tono mordaz.

Un interfono zumbó de pronto en el mostrador. El empleado lo atendió brevemente y luego se encaró con Egon.

—Entre en aquel cuarto —indicó—. Al menos, haga el favor de ahorrar su presencia a otros pasajeros.

—No tengo ningún inconveniente —accedió el joven.

La puerta estaba a veinte pasos. Egon entró, cerró y entonces se encontró con una pareja de sujetos de fenomenal corpulencia que le aguardaban allí.

—Tú no vas a ir a Curzyane-1 ni a ninguna parte —anunció uno de los individuos sin más preámbulos.

CAPÍTULO VIII

Egon contempló durante unos instantes a los dos individuos.

Eran curzianianos, indudablemente. Sólo en Curzyane-1 se daban semejantes especímenes, hombres entrenados especialmente para matar… y matar sin piedad.

—¿Me lo vais a prohibir vosotros? —preguntó.

—Para eso estamos aquí —contestó el otro.

Uno de los esbirros tenía la cabeza rapada. Su compañero, sin duda por afán de distinguirse, se la había afeitado también, pero dejándose en el cogote un mechón de pelo que casi parecía un penacho.

—Sin duda, por orden de Zaan Er Oekvi —dijo Egon.

—No lo conocemos —contestó el pelado.

—Vamos, vamos —rio Egon—, no me digáis que estáis aquí por mero capricho. Un curzyaniano no mata gratis nunca.

—Bueno, ¿y qué? —comentó el del mechón—. Eso no te importa a ti porque, de todas formas, estás muerto.

—¿De veras? ¿Cómo pensáis hacerlo? ¿A tiros?

Los esbirros enseñaron dos gigantescos pares de manos.

—Bastará para descuartizarte —anunció el pelado.

—Habláis demasiado —dijo Egon en tono despectivo—. Yo creo que toda la fuerza se os va por la boca.

Los dos sujetos cambiaron una mirada.

—¿Vamos, Armk? —dijo el del mechón.

—Cuando quieras, Rox.

Egon soltó una risita.

—Erki era tan fuerte como vosotros y ahora está muerto —dijo.

Annk y Rox se sobresaltaron.

—¿Lo has matado tú? —preguntó el primero.

—Soy muy modesto —contestó Egon—, pero así fue.

Rox lanzó un aullido.

—¡Basta ya! ¡Vamos, Annk!

Egon decidió tomar la iniciativa. De repente, dio un salto gigantesco, que le separó más de metro y medio del suelo, y atacó al del mechón.

En el aire hizo una fulminante tijereta. Su pie derecho alcanzó de lleno la cara de Rox, hundiéndole la nariz y la mandíbula superior.

Rox retrocedió tambaleándose, a la vez que emitía unos rugidos inhumanos. Cayó de rodillas y empezó a sollozar.

Al tocar el suelo de nuevo, Egon fue atacado por Annk. Se agachó, eludiendo una devastadora presa con ambos brazos y golpeó la pelada nuca con el filo de su mano.

Annk se tambaleó, pero no cayó. Giró en redondo, sólo para encontrarse con los dos puños de Egon, que golpearon su cara al mismo tiempo.

El curzyoniano se mantuvo en pie. Egon golpeó de nuevo de la misma manera y luego hundió su pie en la ingle de su adversario.

Annk dejó escapar un gemido de agonía. Egon movió en semicírculo el antebrazo derecho y golpeó la garganta de su enemigo. Annk braceó frenéticamente, emitiendo unos ruidos inarticulados.

Había perdido ya la iniciativa. Egon le agarró por detrás, asiéndole ambas orejas y lo empujó hacia delante con todas sus fuerzas.

La frente de Annk chocó contra el muro. Se oyó un seco chasquido y el esbirro se desplomó fulminado.

En aquel momento, Egon oyó ruido.

Se volvió. Recuperado en parte, aunque sin dejar de sangrar, Rox había conseguido incorporarse.

Pero sus fuerzas estaban muy disminuidas. Egon realizó la misma operación que la vez anterior y ahora fue la mandíbula inferior la que saltó con horrendo chasquido.

La cara de Rox adquirió un aspecto muy desagradable. Cayó de rodillas, gimiendo lastimeramente. Egon puso fin a sus gemidos de un seco puñetazo tras la oreja derecha.

Respiró con fuerza unas cuantas veces y abandonó el cuarto. Se encaminó a la oficina de pasajes.

El empleado le miró con ojos de pánico. Egon sonrió.

—Estoy vivo —anunció—. ¿Cuánto le pagaron por enviarme a la muerte?

El hombre se sentía aterrado. Egon chasqueó los dedos debajo de sus narices.

—Yo le voy a dejar vivir —continuó—. Pero ha de ser a cambio de su silencio. Si me entero de que me ha delatado de nuevo, le partiré en cuatro pedazos y los arrojaré a la basura.

El empleado no acertaba a hablar. Egon le señaló el montón de pasajes en blanco.

—Vamos, llene uno para Curzyane-1 y ordene desalojar la próxima nave que zarpe para ese maldito planeta.

Ya no hubo más resistencia. Minutos más tarde, Egon tenía el pasaje en su poder.

Con gran decepción, hizo el viaje absolutamente solo.

Excepto los tripulantes, nadie más que él viajó a bordo. Se preguntó cómo se las habría arreglado Astrea para ir a Curzyane-1.

* * *

Pero la noticia de su viaje podía haberse divulgado. Es más, Egon tenía la seguridad de que alguien podía aguardarle a su llegada.

La víspera de su arribada, por la noche, se acercó a la cámara de mando. El oficial de guardia emitió un bufido al verle.

—No puede estar aquí. ¡Lárguese!

—¿Me va a echar usted? —preguntó Egon, sonriendo.

Se acercó al cuadro de instrumentos.

—¡No toque nada! —chilló el oficial.

—Sólo estaba mirando, dispense. Yo también fui oficial navegante en tiempos.

—Ahora es un traidor, un sucio y hediondo traidor.

Egon se encogió de hombros.

—Son cosas que pasan —contestó filosóficamente—. ¡Eh, mire eso! —exclamó de pronto—. ¿No es un meteorito?

El oficial volvió la cabeza instintivamente. Ello le impidió ver que Egon manipulaba en uno de los sistemas de alarma y lo desconectaba.

—¡Un meteorito! —resopló el oficial—. Y usted dice que fue…

Egon sonrió cortésmente.

—Quizá fue una alucinación —se disculpó—. En los últimos tiempos veo muchas alucinaciones.

—No me extraña. Deben de ser los fantasmas de sus víctimas, que

piden venganza.

—¡Qué melodramático! —rio Egon—. Bueno, ahí le dejo. Buena guardia, muchacho.

—¡Mal infierno para usted! —le despidió el oficial con acritud.

* * *

Cuando la astronave aterrizó en Curzyane-1, la primera visita que su comandante recibió fue la de un coronel de la policía.

El hombre se presentó en el acto:

—Coronel Sheckt, de la Policía —dijo—. Comandante Wurrly, tengo entendido que trae usted un solo pasajero en este viaje.

—Así es, coronel —contestó Wurrly—. Su nombre es…

—Lo sé de sobra, comandante —le atajó Sheckt bruscamente—. Deseo que me lo entregue. Tengo orden de llevármelo arrestado.

—Muy bien, coronel; en tierra manda usted. ¡Teniente Cyll! —llamó el comandante.

El oficial nombrado se presentó en el acto.

—¿Señor?

—Haga el favor de traer a nuestro pasajero —ordenó Wurrly.

—Sí, señor.

Cyll volvió a los pocos minutos, con la desolación pintada en su cara.

—El pasajero no está, señor —informó.

—¿Cómo? —rugieron Sheckt y Wurrly al mismo tiempo.

—Lo siento, señor…

—¡Búsquelo por todas partes! Nadie ha abandonado la nave durante el viaje, de modo que tiene que seguir a bordo —exclamó el comandante.

La búsqueda resultó inútil. Pero al mismo tiempo, en la revisión de rutina que se hacía de los instrumentos después de cada toma de tierra, se descubrió algo muy interesante.

—Su hombre escapó en un bote salvavidas, coronel —dijo Wurrly, cuando conoció la noticia.

—Pero, ¿cómo pudo hacer una cosa semejante? ¿Es que no funcionaron sus sistemas de alarma?

Wurrly movió la cabeza con tristeza.

—Los desconectó —repuso con sobriedad.

El teniente Cyll empezó a lamentarse por su futuro. Ahora comprendía los motivos de la irrupción del traidor en la cámara de mando durante su guardia.

Sheckt apretó los labios.

—No importa —dijo—. Egon Qratz está en Curzyane-1 y daremos con él, aunque tengamos que volver el planeta del revés.

* * *

Egon Qratz caminaba despacio por las calles de Sub-Curzyane-E-43.

La vida nocturna de la ciudad era muy intensa. Egon sabía que era una urbe que vivía principalmente de los negocios poco limpios. Abundaba el dinero y ello motivaba una afluencia de gente de todas partes.

Había, ¿cómo no?, excursiones organizadas de turistas, que sólo veían lo más curioso, pero sin profundizar en modo alguno en lo que había debajo de aquella capa pintoresca. Era otro bonito negocio y los curzyanianos solían respetar a los turistas, siempre que no fuesen aislados.

Un turista solitario corría el peligro de amanecer con los bolsillos limpios y aun así podía considerarse como un hombre de suerte. Lo más frecuente era que apareciese con el cuello rebanado.

En Sub-Curzyane-E-43 sólo había, prácticamente, una ley: dejar en paz a los demás y no preocuparse sino de los asuntos propios. Estaban permitidas toda clase de armas, y la policía pasaba la vista por encima de la mayoría de asuntos turbios. Si hubiesen intentado mantener un mínimo de apariencia de orden, la economía de Sub-Curzyane-E-43 se habría desplomado en un mes.

Egon lo sabía y por eso caminaba con los ojos bien abiertos. De repente, oyó un siseo que procedía de una calleja oscura.

—Acércate, buen mozo —dijo una voz incitante.

Egon asomó la cabeza y divisó una silueta de curvas opulentas. Pensando en que podía ser Astrea, bajo la apariencia de Yulia, dio dos pasos hacia ella.

Entonces, algo se enroscó en su cuello. La mujer huyó precipitadamente.

Egon se mantuvo inmóvil. Su atacante forzó la presión del cable de acero.

—No te molestes —dijo Egon en tono suave—. Tengo un collar

protector.

El otro casi se desmayó. Pero reaccionó y sacó un puñal.

Egon se revolvió, le sujetó la muñeca y la hizo girar. El puñal se hundió en el estómago de su atacante.

El curzyaniano cayó de rodillas, tosiendo espasmódicamente. Egon se quitó el lazo de acero y lo tiró a lo lejos.

—Has tenido mala suerte —dijo fríamente, mientras el otro rodaba por el suelo.

Continuó su camino. ¿Dónde diablos podía estar Astrea?

Las tabernas y lugares de esparcimiento estaban a rebosar. De pronto, vio a una mujer parada en una esquina.

Ella tenía en los labios un delgado tubito y sonreía provocativamente.

Como la vez anterior, Egon le quitó la cañita de «duunk» y la tiró a lo lejos.

—Me disgustaría muchísimo que te aficionases a la droga, Yulia.

—Sólo era caramelo —sonrió ella. Y añadió—: Tengo noticias para ti, Egon.

—¿Interesantes?

—Muchísimo. El coronel Sheckt y sus hombres están levantando las piedras para buscarte.

—Vaya, soy un tipo molesto, ¿eh?

—Seguro, Egon.

—Pero tengo que seguir adelante.

—Desde luego, aunque con otro aspecto. Ve a mi casa. Encontrarás un cinturón transformador. Póntelo debajo de la camisa.

—¿Dónde vives?

—Tres calles más abajo, número 92, tercera planta, H-2.

—Está bien pero… ¿no vienes conmigo?

—No. Yo espero una cita. Vuelve mañana a este mismo sitio.

Egon la miró fijamente.

—¿Una cita de amor? —preguntó.

Astrea rio con suavidad.

—Tal vez —contestó con expresión sibilina.

CAPÍTULO IX

Egon se dio cuenta de que le seguían.

Masculló algo entre dientes. Su aspecto había cambiado radicalmente.

Por tanto, resultaba imposible que le hubieran reconocido. El que le seguía debía de ser, sin duda, algún ladrón.

Al llegar a la primera esquina, dio la vuelta y se detuvo. El supuesto ladrón asomó la cabeza segundos después.

Un pesado puño cayó sobre su nuca. El individuo rodó por tierra fulminado.

Algo tintineó en el suelo de brillantes losas y rebotó un par de veces antes de quedarse inmóvil. Atraído por la curiosidad, Egon se inclinó y recogió aquel objeto de metal.

Un estremecimiento sacudió su cuerpo al reconocer una insignia de la Policía.

—Entonces no era un ladrón —murmuró.

Se pasó la mano por la cara. ¿Era que no servía el cinturón transformador que le había dado Astrea?

Masculló algo entre dientes. El cinturón tenía cuatro posibilidades de transformación. Sólo había usado una.

Recurrió a la número dos. Inmediatamente, quedó transformado en un sujeto de rostro estúpido, brazos como vigas y cuerpo de simio.

—Veremos a ver si también me reconocen con este aspecto —se dijo, mientras reanudaba la marcha.

El lugar de la cita quedaba a unos diez minutos. Egon recorrió la mitad de la distancia.

De pronto pasó por delante de una taberna de pequeñas dimensiones, cuya puerta y ventanas estaban abiertas de par en par.

Una mujer rio estridentemente. Egon sintió como si le hubieran dado un puñetazo en el pecho.

Por muchos años que pasaran, jamás podría olvidar la risa de Sheffia Er Oekvi. Era una risa que se le había metido en el cerebro, incluso obsesivamente tiempo atrás.

Se asomó con precaución a una de las ventanas. Sí, allí estaba Sheffia.

Se hallaba sentada a la mesa con un sujeto fornido y bastante guapo. Sheffia vestía muy someramente y su pelo azulado caía suelto sobre la espalda desnuda.

Parecía reír las gracias del individuo, que vestía uniforme que Egon conocía muy bien. Él mismo lo había llevado tiempo atrás.

Las intenciones de Sheffia se le hicieron tan transparentes como si se las hubiera declarado verbalmente. De pronto, Sheffia y el oficial se pusieron en pie y caminaron hacia la puerta.

Egon se apartó a un lado. Sheffia y su acompañante salieron a la calle.

—Sheffia —llamó el joven de pronto.

Ella se volvió y alzó las cejas, sorprendida.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó—. ¿Quién eres tú?

Egon recordó de pronto su aspecto. Pero, en aquel momento, el oficial que iba con la mujer decidió que debía intervenir.

—¡Largo, maldito borracho! —le apostrofó con voz no muy segura —. Déjanos en paz, no nos molestes.

—El borracho y el idiota eres tú —gruñó Egon—. Esa «fulana» te lleva ahora a cualquier parte para sonsacarte cosas que debes mantener secretas.

Sheffia dejó escapar un grito de sorpresa.

—¿Cómo te atreves…?

El oficial se enfureció y cargó contra Egon. Sheffia lanzó una aguda imprecación.

—¡Dale su merecido, Thornan!

Egon plantó cara a su atacante. Detuvo el primer golpe, propinado con más furia que arte, y contraatacó a su vez.

El oficial cayó con los pies por alto. Sheffia retrocedió un paso.

—Si quieres dinero… —ofreció, temerosa.

—Te quiero a ti, Sheffia Er Oekvi —contestó el joven—. Soy Egon Qratz.

Sheffia se puso lívida.

—No… no puede ser… Egon no tenía ese aspecto…

De repente, dio media vuelta y echó a correr. Egon se precipitó en su persecución.

Ella se volvió de pronto, con una pistola en la mano. Egon se tiró al suelo y eludió así la descarga colapsante.

Los ojos de la mujer centelleaban con furia demoníaca. Bajó el arma y apuntó a Egon con más cuidado.

Súbitamente, un tropel de gente salió de una puerta cercana, cantando y alborotando. Sheffia se desconcertó un instante y volvió a errar el tiro.

Egon se puso en pie de un salto y se abalanzó hacia la callejuela más próxima. Maldijo entre dientes por no llevar un arma encima.

De todas formas, Sheffia le interesaba mucho más viva que muerta. Casi prefería dejarla escapar.

Asomó la cabeza con precaución. Sheffia había desaparecido, a favor del tumulto.

Torció el gesto. La presa se le había escapado.

No obstante, había adquirido una buena información: Sheffia estaba en Sub-Curzyane-E43. Acabaría por encontrarla

* * *

Astrea le recibió de uñas.

—Creía que no ibas a venir —dijo, apenas le vio llegar.

—He tenido que jugar una carrera de obstáculos. No ha sido fácil —contestó él.

Astrea le miró extrañada.

—¿Qué te ha ocurrido? —preguntó.

—En primer lugar, me seguía uno de los hombres del coronel Sheckt. Tuve que deshacerme de él.

—Pero… ¡llevas el cinturón transformador!

—Sí, claro, ya lo sé. Lo compraste aquí, ¿no es cierto?

—Desde luego.

—Se supone que los cuatro aspectos que el comprador puede adoptar quedan amparados por el secreto profesional, pero, al menos en mi caso, no ha sido así. Tu cinturón no lo compraste en Kasard-8.

—Es cierto —admitió ella—. ¿Supones que el vendedor pasó la

información a Sheckt?

—No me cabe la menor duda, Astrea.

—Sheckt es un tipo muy listo.

—¡A quién se lo vas a decir! —exclamó él amargamente—. Pero todavía hay más.

—¿Qué es, Egon?

—He visto a Sheffia Er Oekvi.

Astrea respingó, sorprendida.

—¿Es cierto?

—Y tan cierto, como que intentó liquidarme a tiros.

—Una mujer tan astuta como despiadada —calificó ella—. ¿Qué hace en Sub-Curzyane-E-43? —inquirió.

—Andaba enamoriscando a un coronel de astronáutica de la Ultrafederación. El muy tonto parecía un pajarillo fascinado por la serpiente que ha de comérselo.

—¿Qué hiciste tú, Egon?

El joven suspiró.

—Confieso que me porté como un tonto —dijo—. Debí haber actuado con más astucia, pero no fue así. Bueno, abreviando, Sheffia se me escapó después de haberme largado dos disparos que no me alcanzaron de milagro.

—En medio de todo, no es mala noticia —comentó Astrea—. ¿Qué supones tú que pretendía del oficial?

—Quizá sonsacarle algún nuevo código de comunicaciones —opinó él—. Sheffia es de las mujeres que no dudan en descender a los menesteres más bajos con tal de conseguir sus propósitos.

—¡Egon!

Había un tono de dolorido reproche en la voz de Astrea. Egon se disculpó:

—Lo siento. Hablé sin meditar. Perdóname.

—Olvídalo —contestó ella—. La diferencia entre lo que hace Sheffia y lo que hago yo estriba, precisamente, en la diferencia de nuestros propósitos.

—Así es —reconoció Egon—. Bien, ¿tienes alguna noticia para mí?

—En efecto. Conozco la ubicación de la fábrica r ande construyeron las piezas falsas para la superbomba.

* * *

—De modo que para eso aguardabas una cita anoche —dijo él mientras contemplaba al trasluz el contenido de su copa.

—Sí, Egon, en eso consistía la cita. Yo también tengo mis informaciones. Cuesta dinero, pero no me importa.

Estaban en una taberna poco concurrida, sentados a ambos lados de una mesa. Egon despachó el contenido de la copa y preguntó:

—Bien, ¿qué piensas hacer ahora que conoces ese dato importantísimo?

—Volar la fábrica —respondió Astrea sin titubear.

Egon saltó en el asiento.

—Estás loca —gruñó—. Debe de estar sumamente protegida…

—Lo sé, pero la volaré.

—Quizá muera gente inocente.

—Ninguno de los que trabajan en esa fábrica es inocente. Al contrario, todos son responsables de la destrucción de ciento treinta y ocho planetas.

—Entiendo —dijo él sobriamente.

—Esa fábrica es una ramificación de los servicios secretos de la Intrafederación. Si lo que me imagino es cierto, ahora están construyendo ellos una superbomba para completar su chantaje a la Ultrafederación.

Egon se estremeció.

—En tal caso, si vuelas la fábrica, Curzyane-1 se convertirá en una estrella «nova», con las consecuencias que son de prever.

—No, porque aquí sólo construyen los mecanismos direccionales, basados en los planos que robaron, a base de los cuales fabricaron aquellos mecanismos que se supuso salían de la Fábrica Ochenta y dos y que, alterados hábilmente, motivaron la catástrofe.

—Entiendo. En esta fábrica sólo se construye una parte, de la superbomba.

—Precisamente la que puede colocarla en la órbita deseada —corroboró Astrea.

CAPÍTULO X

A la luz de tres de los siete satélites que tenía Curzyane-1, Egon y Astrea contemplaron el objetivo.

Estaban a unos quinientos pasos de distancia.

Realmente, no se podía decir que fuese una fábrica en el estricto sentido de la palabra.

Era más bien una casa alargada, de dos plantas, de grandes dimensiones. La planta baja estaba por completo iluminada.

Una valla de sólida red metálica circundaba por completo el edificio. No parecía que hubiera centinelas a la vista, pero ambos suponían que debía de haber un excelente sistema de vigilancia.

Egon y Astrea se hallaban tendidos en el suelo, a pocos pasos de la valla. Egon no había querido tocarla siquiera, suponiendo que debía estar electrificada.

Llevaba a la espalda una pesada mochila y Astrea otra, aunque más liviana. A Egon le había agradado mucho el plan ideado por la joven para la voladura.

De repente, dos figuras se materializaron ante la pareja. Una de ellas era una mujer.

—Abran bien los ojos, coronel —recomendó Sheffia Er Oekvi—. Egon Qratz debe de andar por las cercanías.

—Si viene, será bien recibido —rio el hombre.

—Es muy astuto, y lo mismo digo de la mujer que le acompaña. ¿Sabe?, consiguió averiguar lo que se hace en la fábrica.

—No cabe duda de que ha de ser una mujer de gran inteligencia. Pero ya no conseguirá nada más.

—Por si acaso, vigilen. No se descuiden. Y si aparecen por aquí, mátenlos. Mientras estén vivos, serán un serio peligro para la

Intrafederación.

El coronel se echó a reír de nuevo.

—En cuanto lleguen a cinco pasos de la valla, los sistemas funcionarán instantáneamente. Las luces se encenderán de modo automático y todas las casamatas artilleras surgirán asimismo automáticamente. Los cañones se orientarán por los detectores de infrarrojos y abrasarán a los presuntos invasores. ¿Qué le parece la protección de la fábrica?

—Estupenda, coronel. Y ahora, dispénseme, pero ya que hemos hablado, tengo que marcharme.

—Le deseo buen viaje, señora.

Sheffia montó en un aeromóvil que había parado a poca distancia. A través de la portezuela todavía abierta, dijo:

—Ha sido un buen trabajo, coronel. Confío en su funcionamiento.

—Funcionará, estoy seguro de ello —respondió el curzyaniano.

Sheffia se marchó. De nuevo volvió el silencio a aquel lugar.

—¿Has oído, Egon? —murmuró Astrea, cuando el coronel hubo regresado a la casa.

—Tu plan para volar la fábrica es estupendo —alabó él—. De haberlo hecho de otra forma, ahora no lo estaríamos contando.

—Yo ya me imaginaba que la fábrica estaría demasiado bien defendida para intentar siquiera romper la protección exterior. Bien, vamos a empezar la función.

Retrocedieron una docena de metros, arrastrándose por el suelo, hasta alcanzar el principio de una zanja que tendría dos metros escasos de profundidad. Una vez allí, descargaron las mochilas y empezaron a trabajar.

Egon sacó de su mochila tres tubos de unos quince centímetros de grueso por treinta de longitud, que empalmados dieron uno de noventa centímetros de largo total. Uno de los tubos estaba cerrado por uno de sus extremos.

Asimismo sacó una serie de varillas que, debidamente montadas y empalmadas, formaron una especie de cureña para aquel cañón. Por último, le acopló el aparato de puntería.

Astrea le entregó la primera bomba, una especie de pera corta y achatada, rematada en un vástago con aletas, de irnos cuarenta centímetros de longitud total. Egon la introdujo en el cañón, armado a la manera de un mortero, y preguntó:

—¿Dónde has comprado el artefacto?

—¡Bah! —contestó ella—. Teniendo dinero, aquí se puede comprar cualquier clase de armas. Ten en cuenta que sólo disponemos de tres granadas —advirtió.

—Descuida.

El aparato de puntería era periscópico y Egon lo hizo sobresalir del borde de la zanja. Movió las ruedecillas de puntería y calculó la distancia y el ángulo de tiro.

Astrea se había tendido en el borde para observar los disparos. Cuando creyó tener hecha la puntería, Egon hizo funcionar el disparador.

La granada ascendió silbando en el aire, describió una aguda parábola y emprendió el regreso hacia el suelo.

Un horrendo estampido sonó a doscientos metros de la casa. El suelo retembló con estrépito.

—¡Corto! —anunció Astrea.

Egon metió la segunda granada y corrigió la puntería. Disparó.

El fogonazo de la explosión pareció el de un diminuto sol. Una intensísima oleada de calor llegó hasta la zanja.

—Largo por cien metros —dijo Astrea—. Aprovecha tu última oportunidad, Egon.

Dentro de la casa, cuyos cristales habían volado en mil pedazos como consecuencia de las explosiones, se oían gritos de alarma. Egon movió las ruedecillas de puntería por última vez y apretó los labios en el momento del disparo.

La granada alcanzó su blanco. Astrea pudo oír perfectamente el choque del proyectil contra el tejado. Luego, atravesó los picos superiores y llegó hasta el sótano, donde hizo explosión.

La casa saltó por los aires. El tejado voló en un millón de fragmentos. Las paredes se abrieron primero y luego saltaron hechas pedazos. El ruido que produjo la explosión pareció el de un cataclismo.

Los focos y las casamatas automáticas quedaron inutilizados, al ser destruida la central de energía. El desastre era total.

Egon se puso en pie.

—¿Qué tal, Astrea?

—Has logrado un blanco perfecto —sonrió ella.

—¿Qué hacemos con el cañón?

—Abandónalo, ya no nos interesa.

Egon subió al borde de la zanja. En el lugar donde había estado la

casa se veía ahora un gigantesco cráter.

De repente, Astrea lanzó un grito:

—¡Allí, Egon!

El joven volvió la vista. Un hombre corría hacia la valla tambaleándose visiblemente.

—Un superviviente —adivinó—. Vamos a interrogarlo.

Astrea se levantó y echó a correr. El superviviente alcanzó la valla, abrió la puerta y dio dos pasos fuera, pero, agotado al parecer por el esfuerzo, cayó al suelo.

Egon y Astrea le alcanzaron en pocos segundos y se arrodillaron a su lado. El hombre les miró con expresión ausente.

—Han… sido ustedes… —adivinó.

—Sí —confirmó Astrea.

El curzyaniano se echó a reír. Tosió y escupió sangre.

—Han… perdido el tiempo… Lo… que querían destruir… ya no estaba en la fábrica…

El moribundo dejó de hablar. La sangre le ahogaba.

Egon y Astrea se miraron consternados.

—¿Dónde están los mecanismos? —preguntó Egon, rehaciéndose.

El hombre hizo un esfuerzo para hablar.

—Dónde no… podrán… alcanzarlos jamás… Van… camino de la superbomba… y los instalarán… muy pronto…

—¿Y la superbomba? —gritó Astrea—. ¿Dónde está?

Pero el curzyaniano ya no contestó.

—Está muerto —anunció Egon.

Astrea movió la cabeza con expresión de pesar.

—Ahora comprendo el sentido de la conversación entre Sheffia y el coronel —murmuró—. Hemos llegado tarde —añadió en tono desanimado.

Egon la agarró del brazo.

—Aún no es tarde —dijo—. Todavía han de montar los mecanismos en la superbomba… ¡y nosotros lo impediremos!

—Sí, pero ¿dónde está ese infernal artefacto?

El tono de Astrea era de claro abatimiento. Egon la agarró por un brazo y contestó:

—No importa dónde está. Nosotros lo encontraremos.

* * *

—Yo recuerdo —dijo Egon—, que nuestra superbomba se hallaba en lo que podríamos llamar línea de vanguardia de la Ultrafederación. Si miramos el mapa estelar de nuestra entidad política y lo contemplamos desde un punto tal que abarquemos el mayor número de planetas posible, es decir como si se dijera a vista de pájaro, entonces obtendremos una figura geométrica muy aproximada a un paralelogramo con uno de sus lados mayores encarado hacia el estrecho de Jink-Oor, que es el trozo de vacío espacial que, como sabes, separa a ambas federaciones.

—Bien, un paralelogramo —admitió Astrea—. ¿Y qué más?

—El paralelogramo ya no está completo. Le falta un importante trozo en la parte más próxima al estrecho, tú sabes por qué.

—Sí, era una especie de barrera que preservaba a la capital de la Ultrafederación a los que tenía antiguamente ¿Y eso qué quiere decir, Egon?

—Sencillamente, la Intrafederación nos someterá ahora a chantaje. Pedirá algo, amenazándonos con la superbomba.

—Pero se puede destruir…

—Si se supiera dónde está, claro. No olvides tampoco una cosa, Astrea: el planeta-capital órbita alrededor de Em-Sgar-5, con otros tres planetas más. El anterior cataclismo se produjo por la explosión de una estrella casi enana. Era una Em-Sgar-1, mientras que la estrella que alumbra al planeta-capital tiene la quinta categoría. Imagínate, pues, las consecuencias de este nuevo estallido.

Astrea sintió un escalofrío de horror.

—La Ultrafederación quedaría prácticamente borrada del mapa.

—Así es. La vez anterior, desaparecieron ciento treinta y ocho planetas. Si Zaan Er Oekvi, su hija y sus secuaces llevaran a cabo sus propósitos, el estallido de Em-Sgar-5 causaría la desaparición de unos trescientos cincuenta planetas. Porque lo más probable es —añadió Egon—, que el fuego llamémoslo así, de Em-Sgar-5 se «propagase» a otras estrellas de relativa contigüidad, con lo que el volumen de la catástrofe sería muchísimo mayor que la vez pasada.

Astrea cerró los ojos un instante.

—Egon —dijo a poco—, ¿tú crees que hay seres capaces de cometer un crimen semejante, que no les importa asesinar a varios billones de personas?

—Cuando se ha dado muerte a un millón de seres humanos, otro más, o cinco o diez, poco importa ya —contestó Egon fríamente.

De nuevo se produjo otra pausa de silencio. Al cabo de unos instantes, Astrea fue la primera en hablar.

—Egon, nuestro principal obstáculo estriba en averiguar el lugar donde está la bomba.

—Te equivocas —contradijo él—. No es ése nuestro principal obstáculo, al menos por el momento.

Ella le dirigió una mirada inquisitiva.

—¿Cuál es ese obstáculo, Egon?

—Salir de Curzyane-1 —respondió el joven.

—Es verdad. Scheckt debe de haber organizado una vigilancia férrea por todas partes. Yo, quizá, podría escapar, puesto que no compré aquí mi cinturón transformador y me quedan todavía tres aspectos más por usar. Pero Sheckt tiene las descripciones de tus otros aspectos y no podrás utilizar el artefacto.

—Tenemos que aguzar el ingenio, Astrea, primero para salir de Curzyane-1 y luego para calcular donde puede estar la superbomba.

—En Nehemm-21 podríamos, quizá, averiguar algo —sugirió ella.

—¿Por qué allí, Astrea?

—Muy sencillo: Nehemm-21 es la capital de la Intrafederación y donde, de ordinario, reside Sheffia.

Egon se pellizcó el labio inferior con gesto de duda.

—Podría ser —murmuró—. Bueno, tenemos que intentarlo, de todos modos. Pero ¿cómo salimos de este maldito planeta? —exclamó en tono desanimado.

Astrea se hallaba en aquellos momentos junto a una de las paredes, con los brazos cruzados bajo el seno. De pronto, miró a través de la ventana más próxima y divisó algo que la hizo estremecerse de miedo.

—¡Egon! Creo… que el coronel Sheckt nos ha descubierto. ¡Sus hombres están cercando la casa!

CAPÍTULO XI

Unos fuertes golpes sonaron en la puerta. Situado a un lado de la misma, Egon miró a Astrea y le hizo un leve gesto con la cabeza.

—¡Adelante! —dijo la muchacha.

La puerta se abrió. Un hombre penetró con paso firme en la estancia. Al otro lado de la puerta, había dos guardias armados.

—Usted es Astrea de Hadverlin —dijo Sheckt.

—Así es —confirmó ella.

—Tengo orden de detenerla y también al hombre que la acompañaba. ¿Dónde está Egon Qratz?

—Aquí, coronel —dijo Egon, a la vez que cerraba de un portazo.

Sheckt se volvió velozmente. Astrea saltó hacia él y le arrebató la pistola colapsante, mientras Egon daba dos vueltas a la llave.

Sheckt lanzó un juramento. Fríamente, sin inmutarse, Astrea apoyó el arma en su nuca y le dijo:

—Coronel, los proyectiles colapsantes no pueden atravesar un puerta, pero sí la piel de su cuello. Un solo movimiento más y disparo.

Sheckt se inmovilizó en el acto. Afuera, en la puerta, sonaban golpes ruidosos.

—Coronel, diga a sus hombres que callen —ordenó Egon.

La orden fue dada en el momento oportuno, porque los secuaces de Sheckt parecían a punto de derribar la puerta. Durante unos segundos, se hizo el silencio de nuevo, hasta que Egon volvió a hablar:

—Voy a decirle una cosa, coronel. Nos lo llevamos como rehén. Cualquier intento de rescatarle significará su muerte inmediata. ¿Está claro?

Sheckt hervía de furia, pero se dio cuenta de que no estaba en condiciones de resistir a los mandatos de sus captores.

—Está bien —dijo—. Pero no podrán llegar muy lejos…

—Eso ya lo veremos —contestó Astrea—. Ordene a sus hombres que tiren las armas. Había dos en la puerta; al salir, queremos ver dos pistolas en el suelo.

Mientras ella inmovilizaba al coronel, Egon abría la puerta. Los dos guardias aparecieron en el umbral, quietos, con las pistolas a sus pies.

—Entren —ordenó Egon.

Los esbirros obedecieron.

—Sigue inmovilizándolos, Astrea —indicó—. Yo voy a hacer una cosa.

—De acuerdo, Egon.

El joven se acercó al fonovisor y marcó un número. Al recibir la respuesta, dijo:

—Información sobre las naves y destino que zarpan hoy de Cruzyane-1 —pidió.

Una voz monótona empezó en el acto a recitar nombres de naves, de sus comandantes y sus puntos de destino.

—«Eleae», comandante Cofg, destino Staral-10… «Syliia», comandante Attor, destino Nehem-21… «Grama», comandante Bur-Koo, destino Kashard-8…

—¡Hombre! —exclamó Egon de pronto—. El comandante Bur-Koo, buen amigo mío. Nos llevará a Kashard-8 sin cobrarnos un crédito. Me debe algunos favores y a él no le importa en absoluto lo que pasó. ¿Te parece bien, Astrea?

La joven fue a decir algo, pero se contuvo oportunamente.

—Me parece magnífico, Egon —repuso.

—Muy bien, en ese caso, voy a ver si me deshago de los guardias. Coronel, no lo olvide, usted es nuestra garantía… ¡y si piensa que algo nos va a impedir disparar contra usted en caso de apuro, está muy equivocado!

* * *

El aparato del coronel Sheckt yacía inmóvil en el fondo de una hondonada cubierta de vegetación. Sheckt miraba con furia impotente a la pareja.

—¡No saldrán del planeta! —aulló, ebrio de ira—. Todas las unidades están alerta y dispararán contra la nave…

—¿También contra usted, coronel? —rio Egon, mientras seguía

adelante con la tarea de atar de pies y manos a su prisionero.

Sheckt vaciló.

—Está bien, pero no conseguirán lo que desean…

—¡No sea idiota! —le apostrofó el joven—. Le guste o no, acabaremos por destruir la superbomba. Además, ¿qué diablos puede importarle a usted? Curvyane-1 es neutral en este asunto, en razón de ser uno de los pocos planetas independientes que quedan. ¿Qué diablos va a ganar usted con ayudar a la Intrafederación, vamos a ver?

—Posiblemente, sustanciosas ventajas —intervino Astrea—. Un mejor puesto que el que tiene quizá… No me extrañaría que Sheffia le hubiera prometido algo al respecto.

Sheckt apretó los labios. Egon terminó de hacer los últimos nudos y se puso en pie.

—Acaso ella le prometió pagarle con unos cuantos besos —sonrió—. Los labios de Sheffia están muy desvalorizados; ha besado ya a un millón de hombres o cosa así.

El prisionero lanzó un gruñido.

—Al menos, podían dejar una señal para que me encontrasen…

—Agradezca que le dejemos con vida —le cortó Egon—. Se ha hecho usted cómplice de unas personas que exterminaron sin piedad a un billón de seres humanos y ahora se disponen a repetir su inicua labor. Conténtese con salvar el pellejo, que no es poco. ¿Vamos, Astrea?

—Cuando quieras, Egon.

Momentos después, la nave alzaba el vuelo, pilotada por Egon.

—¿Podrás salir al espacio? —consultó Astrea.

—Sin duda alguna, e incluso recorrer un par de millones de kilómetros. Es la ventaja de estos aparatos; sirven tanto para vuelos subatmosféricos como espaciales de corta distancia.

La nave ascendía raudamente, acelerando a medida que las capas atmosféricas, al disminuir de espesor, ofrecían menor resistencia. Pronto pudieron apreciar la negrura del espacio, contemplando sin otro obstáculo que el vidrio de las lucernas.

De repente, una voz penetró en la cabina a través del altoparlante del cuadro de mandos.

—Deténgase o disparamos. Les habla el comandante de la nave de patrulla-22. Emitan la señal de haber comprendido el mensaje. Repito, si no se detienen, dispararemos.

—Comandante, el coronel Sheckt está con nosotros —respondió Egon—. No sólo no va a disparar contra nosotros, sino que va a

desconectar todos sus sistemas de detección, cuyas señales captamos aquí perfectamente. Haga lo que le indico o en el acto daremos muerte al coronel.

Sonó una gruesa interjección. Egon rio suavemente.

—¿Adónde se llevan al coronel? —preguntó el otro.

—No se preocupe, amigo; ya les escribirá una postal cuando llegue. Lárguese de inmediato de nuestra vecindad, eso es todo.

Egon y Astrea oyeron un sonoro taco. Luego, las señales del otro aparato desaparecieron en todas las pantallas.

Egon desconectó la radio.

—Has logrado una cierta ventaja —dijo ella—, pero conocen nuestro punto de destino. Saben que vamos a Kashard-8…

—Te equivocas —sonrió él—. No conozco en absoluto al comandante de la nave con destino a Kashard-8, pero sí al comandante Attor, quien en estos momentos está despegando del aeropuerto rumbo a Nehem-21.

El comandante Attor era un tipo gigantesco, con una frondosa barba rojiza, que puso muy mala cara cuando se enteró de las pretensiones de la pareja.

—Creo que no va a poder ser —respondió, al terminar Egon de expresar su solicitud.

—¿Por qué, «Barbarroja»? —inquirió el joven.

—Por dos razones: podría verme envuelto en un lío gordo, del que, lo que menos podría resultar para mí fuese la revocación de mi licencia de comercio con la Intrafederación.

—Diga la segunda razón, comandante —pidió Astrea.

Attor miró a Egon de soslayo.

—Es un traidor —contestó hoscamente.

—En tiempos fuimos amigos, «Barbarroja» —le recordó Egon.

—Después de lo que hiciste, ya no me quedan sentimientos hacia ti.

Egon se sintió desanimado.

—Entonces, ¿nos vas a despedir?

—Aguarda un momento —pidió Astrea—. Este es un asunto que tiene fácil solución.

La joven había llevado consigo un pequeño bolso y extrajo del mismo algo que parecía un libro de forma alargada y de unos cinco centímetros de grosor.

—Comandante Attor, ahí hay mil billetes de papel aurificado. Cada

billete tiene el valor de diez mil créditos. Cuente, por favor.

«Barbarroja» se quedó pasmado.

—¡Rayos! —dijo.

—Es demasiado —protestó Egon—. Con la cuarta parte, este pirata quedará suficientemente pagado…

Astrea levantó una mano.

—De acuerdo —gruñó Attor—. Pero con una condición. Dos, mejor dicho.

—Sí, comandante —aceptó Astrea de inmediato.

—Permanecerán en cerrados en su cámara, sin dejarse ver del pasaje y desembarcarán en el momento en que yo lo indique.

—Aceptadas las condiciones —declaró la muchacha.

—«Barbarroja» —dijo Egon—, antes has dicho que ya no te consideras mi amigo. De acuerdo, pero si nos traicionas, ten en cuenta que tu muerte no me dolerá en absoluto. Mataré a un enemigo, ¿está claro?

Attor contestó con un bufido. Luego dijo:

—Vengan conmigo. Les enseñaré su cámara.

Al quedarse solos, Astrea hizo una pregunta al joven:

—Egon, ¿qué es lo primero que haremos al desembarcar en Nehem-21?

—Muy sencillo: buscar a Sheffia y obligarla a que nos diga dónde está la superbomba.

* * *

El lápiz que Egon tenía en la mano describió un rápido círculo sobre la carta estelar situada sobre la mesa.

—En mi opinión, la superbomba debe hallarse en este sector del espacio —dijo.

—¿Por qué lo crees así? —preguntó Astrea, en pie, pero acodada en la mesa.

—Por analogía. No olvides que el objetivo de esa bomba es, o debe ser, Em-Sgar-5. Nosotros teníamos como objetivo Hasthas-6, que es la estrella más próxima al estrecho. Pero ahora, después de la explosión, Em-Egar-5 ha quedado casi al borde del estrecho y es la estrella más importante que hay entre éste y el planeta-capital.

—Comprendo, aunque debo hacerte una objeción, Egon.

—Bueno, habla —invitó él.

—Em-Sgar-5 se divisa fácilmente en el espacio. Incluso podríamos verla desde aquí. Pero la superbomba es un artefacto que no tendrá más de doscientos cincuenta o trescientos metros de diámetro.

—¿Ves? Tú mismo me das la razón. ¿Cómo localizar un cuerpo tan pequeño en una tan vasta extensión del espacio?

—Para eso vamos a ver a Sheffia, ¿no?

La puerta de la cámara se abrió de pronto. Una barba rojiza apareció en el umbral.

—Es la hora —dijo Attor.

Egon se puso en pie. Dobló el mapa y se lo devolvió a su dueño. Attor soltó un gruñido.

—Me gustaría saber qué pensáis hacer en Ne-bemm-21 —dijo.

Egon le miró fijamente.

—Tienes esposa y nueve hijos, creo —declaró.

—El décimo está en camino —puntualizó Attor.

—Un matrimonio muy prolífico —observó Astrea divertidamente.

—Soy el sexto de veintitrés hermanos —contestó Attor—, y, hasta ahora, de todos los casados, soy el que menos hijos tiene.

Egon le palmeó los hombros.

—Entonces te diré que vamos a ver si conseguimos que puedas superar la marca de tus padres y alcanzar las dos docenas de descendientes —manifestó en tono jovial.

CAPÍTULO XII

—De modo que ahí es donde reside Sheffia —murmuró Astrea.

—Sí, es la residencia oficial de su padre, Zaan-Er Oekvi.

—No está mal —aprobó la joven—, aunque lo encuentro de un estilo algo recargado.

—Cada mundo tiene su estilo propio —contestó él en tono sentencioso—. Pero eso no es cosa que nos preocupe demasiado, creo.

—Desde luego. ¿Sabes dónde están las habitaciones de Sheffia?

—Sí.

Astrea le miró de soslayo.

—¡Qué pregunta! —dijo—. Claro que tienes que saber…

—Te equivocas —atajó él—. Es la primera vez que estoy en Nehemm-21, si bien debo explicarte que Sheffia me hizo en más de una ocasión alguna somera descripción de su residencia.

—Bien, pero ¿dónde está ella ahora?

Egon señaló con la mano una ventana situada en un segundo piso, cerca de una de las esquinas del edificio.

—Allí —contestó.

Astrea estudió el lugar. Un leve «¡hum!» de duda se escapó de sus labios fruncidos.

—No va a ser fácil llegar hasta allí —objetó.

—Si te fijas bien, podrás observar que hay un frondoso jardín, en el que abundan las plantas trepadoras, para dar mayor ornato a la residencia.

—Está bien, hay plantas trepadoras. ¿Y para la vuelta?

—Lo mismo. Puesto que Sheffia nos dirá la situación de la superbomba…

—¿Tú crees?

Egon la miró perplejo.

—¿Por qué no iba a decirlo? —preguntó.

—Pronto lo sabremos —repuso ella—. ¿Hay vigilancia?

—Es de suponer, aunque imagino que podremos sortearla. Vamos.

Habían llegado de noche a las inmediaciones de la residencia de Sheffia, situada en el exterior de la capital de Nehemm-21. Una alta tapia circundaba el jardín, aunque su altura era menos excesiva de lo que Egon había calculado.

—Deben sentirse muy seguros al otro lado —murmuró.

Tocó la tapia con una mano y levantó la vista hacia el borde, situado a unos tres metros. Gran parte del muro estaba cubierto de verdor.

—Te subiré a ti primero —decidió—. Luego iré yo.

Egon juntó las manos y Astrea puso en ellas uno de sus pies. El joven hizo fuerza, para elevarla lo máximo posible.

—Sobre mis hombros —indicó—. Cuidado al tocar el borde.

Astrea se mantuvo en equilibrio. Pasó la mano por el borde y lo encontró liso, sin obstáculos.

Instantes después, cabalgaba sobre la tapia. Egon retrocedió unos metros, tomó carrerilla y saltó hacia arriba.

El jardín estaba sumido en la oscuridad. Egon bajó primero y recibió a la muchacha en sus brazos.

—No hagas ruido —susurró.

Asidos de la mano, caminaron poco a poco. De pronto, oyeron unos pasos rítmicos.

Egon tiró de Astrea y los dos se escondieron tras un espeso macizo. Una pareja de vigilantes desfiló por delante de ellos con paso mesurado.

Momentos después, se ponían en marcha. Egon llegó al fin a la base del edificio y tanteó las plantas trepadoras.

—Aquí —dijo.

—Sube, yo te seguiré —invitó ella.

Egon empezó a trepar. Astrea aguardó hasta que lo vio alcanzar el antepecho de la ventana, temerosa de que la planta no pudiera resistir el peso de ambos.

La noche era excelente, por lo que la ocupante de la habitación tenía la ventana abierta. Egon saltó al interior y ayudó a que Astrea terminase fácilmente su ascensión.

—¿Está ahí? —susurró ella.

—Sí. Corre las cortinas.

Astrea obedeció. Egon caminó de puntillas hasta llegar a la cama, donde se entreveía el bulto de una persona dormida apaciblemente.

Encendió la luz de golpe. Sheffia despertó con torpeza.

—¿Quién…?

La mano de Egon hurgó bajo la almohada y extrajo una pistola colapsante.

—¿No me conoces? —preguntó.

Sheffia se sentó de golpe en la cama, con los ojos desorbitados por el asombro.

—¡Tú! —exclamó.

—Yo mismo —corroboró Egon con amplia sonrisa—. Sheffia, tengo el gusto de presentarte a Astrea de Hadverlin, presidenta electa de un planeta que fue destruido por vuestro crimen.

* * *

Las dos mujeres se contemplaron recíprocamente durante unos instantes, con aire casi desafiante.

—Señora —dijo Sheffia—, ¿no le da vergüenza estar en compañía de un traidor?

—No sé quién está en condiciones de hablar de vergüenza —sonrió Astrea. Se volvió hacia Egon—: Querido, ¿tenías algo que preguntarle a esta «zorra»?

Sheffia se puso roja de ira. Egon sonrió:

—Tengo que preguntarle, en efecto, dónde está la superbomba con la cual piensan amenazar a la Ultrafederación.

—¡No lo diré! —gritó Sheffia, lívida de ira.

Egon la agarró de repente por un brazo y la hizo dar media vuelta en la cama. Luego movió la mano derecha con todas sus fuerzas, aplicándola al final de la espalda de Sheffia.

—¡Ay! —gritó la nehemmiana.

—Ponte en pie —ordenó Egon con severidad—. Éste no es el lugar más indicado para un interrogatorio; de modo que te llevaremos adonde podamos hablar con comodidad.

Sheffia se incorporó, frotándose rabiosamente el lugar golpeado. Sus ojos brillaban de furia impotente.

—Astrea —dijo Egon—, yo me voy a volver de espaldas. Apúntala con tu pistola mientras se viste.

—Espera un momento —pidió Astrea—. Debemos impedir que grite.

Egon asintió. Momentos después, la boca de Sheffia quedaba asegurada por una tira de tela atada por detrás.

El cambio de ropajes fue rápido. Sheffia se limitó a ponerse un vestido de una sola pieza. Al terminar, Astrea llamó a Egon.

—Lista —indicó.

Egon se acercó a Sheffia. Ella le rechazó de un empellón.

—¿Sí? —sonrió él.

Y, de súbito, sin previo aviso, aplicó su puño derecho a la mandíbula de la joven.

Sheffia cayó como un monigote. Egon se inclinó sobre ella y se la cargó al hombro.

—Apaga la luz Astrea.

Momentos después, estaban junto a la ventana. El descenso resultó algo dificultoso, pero llegaron al suelo sin inconveniente.

Empezaron a caminar hacia la tapia. Inesperadamente, se dieron de manos a boca con los vigilantes.

Egon sujetaba con una mano las piernas de Sheffia, atravesada sobre su hombro izquierdo. Con la derecha, levantó su pistola y disparó dos veces rápidamente.

Los centinelas, sorprendidos, cayeron sin lanzar un solo grito. Astrea se tambaleó.

—¿Te sientes mal? —preguntó él.

Ella hizo un gesto negativo.

—No. Ha sido la impresión… Ver morir a un ser humano no es nunca agradable, Egon.

—Tienes razón, pero era nuestra supervivencia la que estaba en juego —contestó él, ceñudo—. ¡Sigamos!

Momentos después, llegaban junto a la tapia. La operación de izar a la desmayada Sheffia y pasarla al otro lado resultó un tanto engorroso, pero al fin lograron poner pie en el espacio despejado.

—¿Y ahora? —preguntó Astrea.

—Sígueme —indicó él.

* * *

Sheffia Er Oekvi abrió los ojos y se encontró tendida sobre un plano inclinado. La dureza de su lecho le indicó que estaba acostada sobre la tierra.

Paseó la vista a su alrededor. Quiso moverse, pero entonces notó que estaba sujeta por las muñecas y los tobillos a cuatro estacas hincadas en el suelo.

—Si lo que pretendéis es torturarme para que hable, de antemano os digo que estáis perdiendo el tiempo —manifestó con mal humor.

Astrea sonrió. Armada de unas tijeras, se acercó a ella y recortó su traje, dejándole brazos y piernas enteramente al descubierto, así como una amplia zona de la cintura.

—Yo creo que sí hablarás —dijo.

—Mi padre os hará padecer mil tormentos —prometió Sheffia.

—Si supiera dónde encontrarnos…

Sheffia volvió la vista. Egon estaba acuclillado en el suelo, a unos veinte pasos de distancia.

—¿Qué está haciendo? —preguntó.

—Oh, busca una cosa —respondió Astrea con displicencia—. No me lo ha dicho —agregó.

Sheffia se sintió preocupada de repente.

—Pero, bueno, ¿qué es lo que queréis de mí? —exclamó con acento lleno de ira.

—Ya te lo dijimos la noche pasada: la situación exacta del lugar donde está la superbomba.

—Aunque os lo dijera, no podríais desarmarla.

Astrea sonrió.

—¿De veras? Has olvidado que Egon Qratz era uno de los técnicos que podían montar y desmontar el mecanismo de explosión de la superbomba que vosotros hicisteis explotar en un lugar no deseado.

—La nuestra es diferente.

—¿De veras? Entonces no se comprende la copia que habéis hecho de los mecanismos direccionales. Aunque Egon no supiera desarmar vuestra bomba, sí sabría desviarla… quizás hacia Kahr-Atr-6, vuestro sol.

Sheffia palideció de un modo horrible. De pronto, Egon lanzó una exclamación de alegría.

—¡Ya está!

Las dos mujeres volvieron la cara al mismo tiempo. Egon se acercó a ellas, sosteniendo una cosa que se movía y coleaba frenéticamente al extremo de unas pinzas.

—¿Ves esto, Sheffia? —preguntó el joven.

La cara de la prisionera expresó un vivo terror.

—¡No… no… tú no serás capaz de hacer una cosa semejante! —balbució.

Egon sonrió.

—Me conoces mal, Sheffia —contestó.

Astrea contempló fascinada al diminuto animal que se movía al extremo de las pinzas. Era una especie de ciempiés, de unos treinta centímetros de longitud, con dorso muy brillante y patas articuladas que parecían de gran dureza, pese a su aspecto de fragilidad.

Junto a los extremos de cada pata había una diminuta bolita blanca. Sheffia se sintió aterrada al contemplar el insecto.

—Es una hembra a punto de desovar —dijo Egon con voz calmosa —. Dentro de poco saldría a capturar una presa viva, en la cual poner sus huevos, para que la descendencia tenga alimento al nacer. Si la presa es grande, el ciempiés la perfora lo necesario para llegar a su interior. En fin, creo que no hace falta que siga dando más explicaciones, ¿verdad?

Astrea trajo una especie de campana de vidrio, en la que el insecto cabía fácilmente.

—La herida no sería mortal, aunque sí muy dolorosa —siguió Egon en tono inflexible—. Pero dolería menos que los movimientos de los insectos una vez fuera del huevo.

Sheffia sudaba a chorros.

—Hablaré… hablaré… —dijo, llena de un vivísimo terror—. Pero quita eso de ahí…

—Primero quiero saber cuál es la posición exacta de la superbomba —dijo Egon sin inmutarse.

—Las coordenadas son… ES-II-44… TC-IX-91…

Egon reflexionó un momento.

—Lo que yo me suponía —dijo al cabo, mientras Astrea le contemplaba atentamente—. Está en las inmediaciones de Em-Sgar-5.

—Basta ya —gritó Sheffia—. Ahora que ya lo sabes, suéltame. ¡Suéltame, te digo!

Egon se acercó a una cajita que había a dos pasos de distancia y depositó al ciempiés en su interior. Colocó la tapa y respondió:

—Nada de eso, Sheffia. Vendrás con nosotros, como garantía de que has dicho la verdad… ¡y si nos has engañado, el ciempiés te hará hablar con absoluta sinceridad!

CAPÍTULO XIII

—El problema que se suscita ahora es el de obtener una nave que nos conduzca al objetivo —dijo Astrea.

—No es demasiado difícil de resolver. Sheffia usaba un yate particular. Lo tomaremos nosotros —contestó Egon.

—¿Accederá ella?

Egon volvió la cabeza. Sheffia, derrumbada sobre uno de los sillones del aparato del coronel Sheckt, parecía por completo desmoralizada.

—Accederá —aseguró él. Y llamó—: ¡Sheffia!

Ella le miró con ojos turbios.

—¿Qué quieres?

—Acércate.

Sheffia se puso en pie. Egon le tendió el micrófono.

—Ordena que alisten tu yate. Di que lo envíen por propulsión automática a las coordenadas 5R ascensión recta y OS en declinación. Allí estaremos aguardándole.

—¿Qué excusa doy, si me preguntan algo?

—¿No eres la hija de Zaan Er Oekvi? —dijo Astrea en tono mordaz.

Egon alzó una mano.

—En ese caso, contesta que estás con unos amigos y que vas a hacer una excursión de recreo. ¡Vamos!

Sheffia obedeció. Al terminar, tiró el micrófono a Egon, quien lo recogió con una sonrisita.

—Los tiempos han cambiado —dijo—. Ahora tu situación es muy distinta de cuando me hiciste aquella llamada que causó mi abandono del puesto que tenía asignado. Por cierto, ¿sonsacaste al coronel de astronáutica el nuevo código de comunicaciones?

Sheffia no contestó. Giró sobre sus talones y regresó a su sillón.

—¿Era eso lo que pretendía de aquel oficial en Sub-Curzyane-E-43? —preguntó Astrea.

—Seguro, ¿qué otra cosa podría querer? Ese código les serviría para volar al otro lado del estrecho sin levantar sospechas.

—Comprendo.

El aparato ascendía raudamente. Egon consultó los instrumentos y modificó ligeramente el rumbo.

Dos horas después, percibió una señal en la pantalla. Conectó la radio e hizo una señal con la mano para que acudiera Sheffia.

—Llama a tu yate —dijo—. Quiero comprobar que no hay nadie a bordo.

La prueba resultó satisfactoria. Minutos más tarde, Egon maniobraba para ajustar su órbita a la del yate de Sheffia.

—Es pequeño —alegó Astrea—. Aquí no podremos meter la nave, como hicimos con la del capitán Attor.

—Haremos funcionar la manga de conexión. Esto solucionará el problema de la falta de escafandras —contestó él.

Momentos después, las dos naves se hallaban a pocos metros de distancia. Egon hizo funcionar los mecanismos correspondientes y una manguera estanca, de poco más de un metro de diámetro, ascendió hasta unirse al yate espacial.

La comunicación quedó establecida. Egon comprobó que no había fugas de aire y trepó por la escalerilla interior que permitía el acceso a la otra nave.

Sheffia siguió a continuación y Astrea después. Egon cerró la escotilla y soltó la manguera de comunicación.

Casi en el acto se oyó una conminatoria:

—Será mejor que levanten las manos, si no quieren morir instantáneamente.

* * *

Egon y Astrea quedaron paralizados por el asombro. Dos hombres armados saltaron sobre ellos y les desposeyeron de sus pistolas.

Sheffia sonreía con burla.

—Gracias, capitán Tvorl —dijo, dirigiéndose al hombre que había lanzado la intimación—. Veo que has sabido interpretar fácilmente mi situación.

Tvorl hizo una profunda reverencia.

—Cuando se recibió tu mensaje y me lo transmitieron, comprendí que ocurría algo. No es habitual en ti orbitar con tu yate por esas coordenadas; abundan demasiado los meteoritos y la estancia en este sector del espacio suele ser peligrosa.

—Exacto, capitán. Supongo que habrás dado orden al piloto de apartarnos inmediatamente de esta zona.

—Así es, señora —confirmó Tvorl.

Sheffia se volvió hacia los prisioneros.

—Parece que la situación ha dado un vuelco total —dijo—. Capitán Tvorl, en el aparato de los prisioneros hay una caja de color gris, cerrada, de forma cúbica, con algunos agujeritos. Haga que la traigan con infinito cuidado y busque también unas pinzas largas.

Tvorl pareció sentirse asombrado de la petición, pero acabó por obedecer. Egon se puso pálido.

Sheffia sonreía con perversidad.

—No temas —dijo—. El ciempiés no es para ti. A ti te destino otra clase de muerte. ¿No querías ir a la superbomba? Pues irás, te lo aseguro… ¡y viajarás con ella hasta Em-Sgar-5!

Miró a Astrea.

—Tú te quedarás aquí —añadió—. Puede que veas la explosión… si para entonces los ciempiés que nazcan en tu cuerpo no te han devorado viva.

Astrea no dijo nada. Sheffia dio una orden y dos hombres la sujetaron inmediatamente por los brazos.

Sheffia alargó la mano y rasgó el vestido de la joven, dejándole la cintura al descubierto.

—Era lo mismo que ibais a hacer conmigo —dijo.

Otros dos soldados sujetaron a Egon. Astrea estaba palidísima, pero guardaba silencio.

Tvorl apareció al fin, seguido de un soldado que transportaba la caja con infinito cuidado. Sheffia tomó las pinzas que le ofrecía el capitán y dio una orden.

—Abre, Tvorl.

El capitán obedeció con visible repugnancia. Sheffia manejó las pinzas y extrajo el ciempiés, que coleaba furiosamente.

Se acercó a Astrea con la sonrisa en los labios. De súbito, Egon, haciendo un tremendo esfuerzo, suspendiéndose de sus captores, tijereteó con las piernas y asestó un tremendo puntapié a la muñeca de Sheffia.

El ciempiés saltó despedido por los aires. Sheffia se tambaleó, a la vez que lanzaba un agudo chillido de dolor.

Una tremenda confusión se organizó en seguida en la cámara. El ciempiés correteaba enloquecido de un lado para otro, pero sus carreras terminaron cuando un tacón lo aplastó contra el suelo.

—¡No! —gritó Sheffia, pero ya era demasiado tarde.

Los ojos de Sheffia despedían rayos de furia. Egon había recibido un golpe en la pelea y estaba parcialmente aturdido.

—¡No importa! —dijo Sheffia—. ¿Queríais ir a la superbomba? Bien, os complaceré. ¡Allí iréis a parar y seguiréis en ella hasta que se estrelle contra Em-Sgar-5!

* * *

—Moriremos abrasados antes del choque. —dijo Egon.

Astrea contemplaba melancólicamente el desfile de las estrellas a través de una de las lucernas de su encierro.

—La temperatura aumentará, es cierto —contestó—. Pero ¿por qué no ha de destruir igualmente la bomba?

—Es difícil de explicar —manifestó Egon—. Ciertamente, dentro de la bomba, la temperatura aumentará hasta el punto de impedir toda manifestación de vida animal. Sin embargo, has de tener en cuenta que está compuesta por varias capas que podríamos llamar aislantes del calor y que se van destruyendo automáticamente a medida que se acentúa la proximidad al objetivo.

—Pero eso no debe de ser suficiente —objetó ella—. A veinte millones de kilómetros, la temperatura debe ser tan alta, que fundirá el metal, creo yo.

Egon movió la cabeza.

—Una buena parte de la bomba está ocupada por los mecanismos antitérmicos, que «fabrican», por decirlo así, escudos refrigerantes de gran potencia reflectora del calor. Esto, naturalmente, consume ingentes cantidades de energía, pero se puede hacer, dado que es un aparato que sólo se ha de usar una vez.

—Comprendo. —Astrea suspiró—. Eso significa que no tenemos salvación.

—A menos que ocurra un milagro…

Pero Egon dudaba mucho de que se produjera tal milagro.

Tres días más tarde, se abrió la puerta del encierro.

Sheffia apareció en el umbral, seguida de Tvorl y dos guardias.

—Creo que ha llegado el momento —dijo satisfecha.

Egon y Astrea guardaron silencio. Sheffia movió una mano.

—Si os molestáis en mirar a través de la última lucerna, podréis ver la superbomba —añadió.

Egon volvió la cabeza. Astrea contuvo una exclamación de asombro.

Allí, a pocos centenares de metros, estaba el infernal artefacto que podía destruir de un solo golpe más de trescientos planetas.

Era un largo cilindro, negro, siniestro, prolongado en su proa por un complicado andamiaje de viguetas metálicas, del que sobresalían varios gigantescos espejos metálicos, cóncavos, que formaban un círculo de trescientos metros de diámetro.

—Los generadores de energía refrigeradora —dijo Egon.

—En efecto —confirmó Sheffia—. Y todo está dispuesto de tal modo, que el funcionamiento del aparato sea enteramente automático, a. partir del momento en que se reciba una señal de radio, transmitida según determinado código.

Egon se volvió para enfrentarse con Sheffia.

—Y… ¿cuándo se emitirá esa señal de radio?

—En el momento en que se reciba la respuesta del Muy Honorable Per Dtison, Presidente de la Ultrafederación… si tal respuesta es negativa.

—En ese caso, no moriremos —alegó Astrea.

Sheffia sonrió divertida.

—No seas ilusa —contestó—. Si la respuesta es negativa, la bomba será disparada hacia Em-Sgar-5. El viaje durará tres días. Calculemos dos más para las deliberaciones de Dtison con sus consejeros. Dentro de la nave, hay víveres que os durarán cuarenta y ocho horas. Si la bomba no se dispara, porque Dtison accede a nuestras pretensiones… vuestro encierro se prolongará lo suficiente hasta que os llegue la muerte por hambre.

Sheffia se echó a un lado.

—Salid —ordenó.

Egon y Astrea obedecieron. En la sala contigua a la escotilla, vieron a un personaje conocido.

—Usted también —dijo Egon.

Zaan Er Oekvi sonrió.

—Me he agregado a la expedición, tan estupendamente dirigida por

mi querida hija. Desde aquí lanzaré mi mensaje dirigido a Dtison y recibiré su respuesta.

—Será negativa —dijo Astrea.

Oekvi se encogió de hombros.

—No creo que Dtison guste de sacrificar a trescientos cincuenta planetas —contestó.

—Y cediendo a sus pretensiones, ¿no los sacrifica igualmente?

—¡Basta ya! —cortó Sheffia—. Ha llegado la hora del transbordo.

Egon cambió una mirada con Astrea. Luego tomó su mano, y, en silencio, ambos, caminaron hacia la | escotilla.

* * *

El encierro no tenía nada de agradable.

Era una simple habitación metálica, en forma de cubo, de unos tres o cuatro metros de lado, en uno de cuyos rincones vieron los prisioneros un paquete y un recipiente con agua.

—Y eso es todo —dijo Sheffia con burla.

—¿Qué conseguirás, más de lo que tienes, suponiendo que el presidente de la Ultrafederación ceda? —preguntó Astrea.

Sheffia se encogió de hombros.

—No sé —contestó cínicamente—. Puede que la satisfacción de mi orgullo, alcanzar un puesto todavía más importante que el que aún tengo…

—O recorrer millones de tabernas y garitos en los cuales no te conocen todavía —dijo Egon.

—Sí, al aumentar sus dominios, aumentará también el espacio para sus correrías en busca de amantes ocasionales —añadió Astrea.

Sheffia se puso roja de ira. Levantó la mano y fue a abofetear a la muchacha, pero se contuvo a tiempo.

—¡Bah! —exclamó despectivamente—. No merece la pena. Lo único que siento es no poder veros morir.

—La culpa es tuya —dijo Egon—. Podías haber instalado una cámara de televisión para registrar nuestra agonía.

—No hubiera sido mala idea —sonrió Sheffia—. Pero ya no puedo entretenerme en ello. —De pronto introdujo la mano en la escarcela que pendía de su cinturón y sacó algo que arrojó a Egon—. Ahí tienes; quizás esto te sirva cuando veas que la cosa ya no tiene remedio.

Era una cajita metálica pequeña y aplanada. Egon miró a Sheffia

inquisitivamente.

—¿Qué es? —preguntó.

—Veneno —respondió Sheffia con una ruidosa carcajada—. Pero no hay más que una dosis. Sólo uno de vosotros tendrá opción de acabar rápidamente. El otro morirá cocido… o de hambre.

Dicho lo cual, Sheffia giró sobre sus talones y se dirigió hacia la puerta. Desde allí, miró a la pareja y se despidió con una siniestra chanza:

—¡Adiós, cadáveres!

La puerta se cerró con metálico sonido. Egon y Astrea quedaron a solas con su tétrico destino.

Más tarde, percibieron un leve trepidar bajo sus pies. Astrea, intrigada, preguntó a Egon por el origen de aquel temblor.

—La superbomba acaba de ponerse en marcha hacia la órbita de amenaza —contestó él con voz sombría.

Astrea se estremeció. La frase «órbita de amenaza» tenía un claro significado.

CAPÍTULO XIV

—Egon, ¿ves alguna manera de salir de aquí?

El joven hizo un gesto negativo.

—No —contestó.

—Suponiendo que pudiéramos salir, ¿habría probabilidades de corregir la órbita?

—Desde luego. No sería ningún problema.

—Explícate, por favor.

—Es muy sencillo. Ellos manejan ahora el artefacto a distancia, o bien le han fijado la órbita automáticamente. Pero la bomba tiene una cabina de mando.

—Igual que una astronave.

—Exactamente.

—Y, tú, por supuesto, sabrías gobernarla.

—No habría ninguna dificultad. El problema estriba en abrir la puerta de nuestro encierro.

Astrea hizo un signo de asentimiento.

—Lástima —dijo—. Te quitarían de la frente la señal de traidor si lo consiguieras.

Egon se tocó la frente. Allí, en letras sin relieve, pero visibles a cualquier hora del día o de la noche, estaba la fatídica inscripción.

Era imposible borrarla. La piel donde estaban grabadas las seis letras era nueva, colocada quirúrgicamente después de la sentencia. Sólo con una nueva operación podría quedar borrado el rótulo infamante.

—Lo dudo mucho —dijo en tono de desaliento—. No existió realmente el delito de traición, pero sí abandoné mi puesto.

—Yo opino que Sheffia lo consiguió por medios sutiles. De no haber logrado engatusarte, habría empleado otro sistema, tal vez más

violento.

—Todo eso no son más que especulaciones. Lo único cierto es que, por mi culpa, se produjo una catástrofe cósmica de pavorosas dimensiones.

—Egon, no te eches más ceniza sobre la cabeza. Te tocó a ti, como podría haberle tocado a otro. Ellos estaban decididos a actuar y lo hicieron sin reparar en consecuencias. Son los verdaderos culpables, insisto.

Egon hizo un gesto de indiferencia.

—Ya, qué más da —murmuró.

La cajita con la tableta de veneno saltó varias veces en su mano.

—A veces, Sheffia tiene ciertos detalles que la hacen digna de admiración —comentó Astrea.

—De la horca, mejor dicho —gruñó él—. De todas formas, guardo la pastilla para ti. No quiero verte sufrir.

Astrea se le acercó y le puso ambas manos sobre los hombros.

—¿Prefieres verme muerta? —preguntó.

—Por el veneno antes que por el hambre.

—Pero preferirías verme viva y a tu lado para siempre.

—Olvida eso. No hagas planes para un porvenir que es muy corto —replicó, con gesto ceñudo.

—¡Piensa algo, hombre! ¡Tú eres el técnico! ¡Tiene que haber alguna solución para salir de aquí! —le apostrofó Astrea.

Egon le enseñó las manos desnudas.

—¿Cómo quieres que rompa la puerta sin una herramienta siquiera? —exclamó desesperadamente—. No tengo las fuerzas de un gigante para destrozarla a puñetazos.

—Pero en tu mente hay la fuerza suficiente para abatirla. ¿Dónde está tu ingenio?

De repente, como poseído por un extraño frenesí, Egon atrajo a la joven hacia su cuerpo, y la besó con fuerza. Ella devolvió la caricia con singular ardor, mientras los brazos de Egon ceñían su cintura con presión que casi la impedía respirar.

Al cabo de unos segundos, se separaron. Astrea estaba encarnada y jadeaba.

—Me has dejado sin aliento —sonrió.

—Pero ¿qué haces tú con el aspecto de Yulia? —exclamó él, lleno de asombro—. ¿Por qué has cambiado de apariencia?

—¿Yo? Pero si no… —Astrea se echó a reír—. Es verdad, llevo todavía puesto el cinturón transformador y al abrazarme lo has puesto en funcionamiento.

—Vaya —resopló él, tanteándose la cintura—. Yo también llevo el mío.

Astrea manipuló en el aparato y luego se lo quitó, una vez recobrada su apariencia normal. Se disponía a lanzarlo a un rincón, cuando, de súbito, Egon lanzó un agudo grito:

—¡Espera!

Astrea le miró intrigada. Egon tenía los ojos muy abiertos y parecía como en trance.

Egon movía los labios, bisbiseando algo que ella no podía entender. Al cabo de unos segundos, volvió a gritar:

—¡Ya está! ¡Ya tengo la solución!

Las pupilas de Astrea despidieron un brillo de júbilo.

—¿Hablas en serio, Egon? —preguntó.

Él se echó a reír.

—Es curioso —dijo—. Al entregarme la cajita con el veneno, Sheffia me dio la llave que abrirá la puerta de nuestro encierro.

* * *

Los dos cinturones estaban sujetos a la puerta en posición vertical, adheridos a la misma por una pasta adhesiva hecha con las tabletas alimenticias. En el centro, pero tomando contacto con ambos, se hallaba la cajita del veneno.

La caja estaba a la altura aproximada que Egon recordaba haber oído el ruido de la cerradura. Una vez hubo terminado todas las operaciones, Egon puso en funcionamiento el cinturón inferior y retrocedió unos pasos.

—Tápate los ojos cuando yo te lo diga, Astrea —aconsejó.

—Está bien, Egon, pero… ¿funcionará?

—Tiene que funcionar —contestó él, convencido—. A fin de cuentas, esos cinturones actúan por energía eléctrica, aunque en su funcionamiento global influyan otros factores, que ahora no intervendrán, puesto que no están colocados sobre una persona.

—El primer cinturón está actuando ya. ¿Cómo harás funcionar el segundo sin correr peligro de sufrir una descarga?

—Ahora lo verás.

Egon agarró el recipiente con agua y retrocedió unos pasos. Movió la lata un par de veces y, de súbito, gritó:

—¡Ahora, Astrea! ¡Tápate los ojos!

La lata voló por los aires y alcanzó al otro cinturón justo en el interruptor de funcionamiento. Brotó un vivísimo chispazo, a la vez que se escuchaba un terrible estallido.

Una ola de tremendo calor invadió la estancia durante unos segundos. Luego Egon corrió hacia la puerta y, sin esperar a más, golpeó en la parte de la cerradura con todas sus fuerzas.

La puerta cedió. Astrea lanzó un grito de alegría.

—¡Libres! Egon, ¿qué vamos a hacer ahora?

—Ven y lo verás —contestó él, agarrándole de la mano.

* * *

Fue mía carrera veloz, casi agitadora. La nave era inmensa y les pareció que no alcanzarían nunca la cabina de mando, situada en el comienzo del andamiaje metálico que sustentaba los espejos reflectantes del calor.

Egon conectó la radio en seguida. Luego empezó a manipular en los mandos.

—Presidente Dtison —sonó de pronto la voz de Zaan Er Oekvi—, por última vez le reiteramos nuestra petición. Ceda a nuestras demandas y salvará así a la Ultrafederación de un desastre absoluto.

—Y si cedo, caeremos en sus garras, ¿no es cierto? —contestó Dtison.

Oekvi soltó una cínica carcajada.

—Mejor explotado que muerto, ¿No? —sugirió—. Bien, ¿cuál es la respuesta?

Egon manejó el control de la radio, situándola en la frecuencia que utilizaban los dos interlocutores.

—La respuesta es no, Presidente Dtison —exclamó.

Sonaron dos exclamaciones de sorpresa.

—¿Eli? ¿Quién habla? —preguntó Dtison.

—¿De dónde, diablos sale esta voz? —gritó Oekvi.

—Sale de un micrófono que hay instalado en la superbomba que amenaza a la Ultrafederación —digo Egon—. La tengo totalmente bajo control, señor. Dé una respuesta negativa a ese miserable de Oekvi.

Se oyó un chillido de tonos histéricos:

—¡Egon! ¡Egon Qratz! —gritó Sheffia.

—El mismo, preciosa —contestó el joven de buen humor—. Por si lo intentas, te diré que ya he desconectado los aparatos automáticos. Ahora la superbomba está totalmente bajo mi gobierno y sólo estallaría si yo lo quisiera.

—¿Es cierto eso? —preguntó Dtison.

—Absolutamente cierto, señor Presidente —contestó Egon.

—Entonces, ¡láncela contra la Intrafederación! ¡Es una orden! —dijo Dtison.

—La cual me niego a cumplir rotundamente, señor —respondió el joven—. No quiero convertirme en el asesino de miles de millones de seres inocentes.

Astrea apoyó una mano en su brazo y le hizo con la cabeza un signo como dando a entender que aprobaba su actitud.

—Fue traidor antes y lo es ahora —gritó Dtison.

—Puede que antes lo fuese, pero se trató de algo involuntario. A sabiendas de lo que puede ocurrir, no cometeré jamás una acción semejante.

—De todas formas, no ibas a poder hacerlo, estúpido —dijo Sheffia, interviniendo a su vez—. Acabamos de disparar media docena de torpedos que os enviarán a todos al diablo y causarán la explosión de la superbomba.

Astrea miró al joven con gesto suplicante. Egon, de pie ante el cuadro de mandos, hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—No temas-bisbiseó.

Movió unas cuantas palancas y teclas. Astrea se dio cuenta de que el aparato empezaba a trazar una curva muy cerrada.

—¿Qué haces? —preguntó a media voz.

—Ahora lo verás —contestó él con el mismo tono.

La curva tenía un ángulo de ciento ochenta grados. Al terminar, la proa del aparato miraba en dirección opuesta.

—¡Los torpedos! —le recordó ella.

—Míralos, Astrea.

Eran ya visibles a ojos desnudos. De pronto, los proyectiles estallaron en rapidísima sucesión, provocando una serie de relámpagos de tremenda potencia lumínica.

—¿Cómo lo has conseguido? —preguntó ella atónita.

—Por medio del frío —contestó Egon, sonriendo.

—¿Frío?

—Claro. ¿Qué es lo que rechaza el calor, sino el frío? Las barreras reflectantes están al máximo de energía y delante de la nave hay ahora un campo gigantesco de hielo en forma difusa e invisible, pero no por ello menos tangible.

Astrea tenía la boca abierta de par en par. De pronto vio algo que le hizo lanzar una exclamación de sorpresa:

—¡Mira, Egon! ¡La nave de Sheffia!

—Ya lo sé —contestó él con toda tranquilidad.

Astrea palideció,

—¿Qué vas a hacer? —preguntó.

—Allí, a bordo de esa nave, viaja una cuadrilla de asesinos sin escrúpulos. ¿Recuerdas lo que sucedió con tu planeta?

Ella asintió en silencio. De pronto, se oyeron unos gritos espantosos a través de la radio.

—¡Párate, Egon, párate…!

Egon, inflexible, mantuvo el rumbo de la nave, hasta que los gritos dejaron de oírse. Luego, cuando la colisión parecía inminente, desvió el aparato, elevándolo un poco.

Un navío espacial pasó por debajo de ellos. En su interior no había más que unos cuantos cuerpos humanos, convertidos en sendos bloques de hielo.

* * *

El coronel Furtkle miró a Egon con severidad.

—Desobedeció usted las órdenes del Presidente —dijo.

Egon no se inmutó. Ya estaban a bordo de la nave que había acudido en su rescate.

—Dígale esto al Presidente Dtison —contestó—: Esa clase de armas debe ser destruida. Tal vez, si no hubieran construido la primera superbomba, con ánimo de amenazar a la Ultrafederación, Zaan Er Oekvi y su corte no se hubieran sentido inclinados a robar los planos y utilizarla contra nosotros. Una cosa es segura, coronel; esta bomba no se utilizará jamás contra nadie

—Tengo orden de llevarlo arrestado —dijo Furtkle.

—El juicio será público. La gente se enterará de lo ocurrido. Me aplaudirán. Conocerán la verdad íntegra, cosa que no sucedió la vez anterior.

—Si le dejan…

—¿Me lo prohibirán a mí? —terció Astrea—. Coronel, no olvide que todavía tengo rango presidencial y disfruto de ciertas inmunidades. A la gente le gustará saber que ha sido destruida una bomba que podía volverse, en cualquier momento, contra ellos, como ya sucedió en cierta ocasión.

—La bomba está ahí —dijo Furtkle, colérico.

—Se equivoca —corrigió Egon—. Acaba de despegarse de nosotros en una órbita no interferible, que la conducirá a un punto donde hará explosión sin daño para nadie.

Furtkle se quedó con la boca abierta.

—Esto agravará su situación —gruñó.

—¿De veras? —rio Astrea—. No lo crea, coronel; la decisión de Egon Qratz motivará, estoy segura de ello, reacciones insospechadas. Incluso presumo la dimisión de Dtison. A fin de cuentas, es culpable indirecto de lo que sucedió. Habrá muchas sorpresas en el juicio…, si se llega a celebrar, cosa que dudo sinceramente.

Furtkle se encogió de hombros.

—Empiezo a sospechar que tienen razón —contestó—. Pero debo conducirlos a…

Egon lo empujó hacia la puerta.

—Déjenos solos, coronel —pidió—. Tengo que pedirle a esta chica que ve aquí la presidencia de cierto lugar.

—¿Qué lugar? —preguntó Astrea.

—Mi casa —contestó él, abrazándola.

—Es un cargo que acepto con mucho gusto —respondió ella, sonriente.

—No creas, dentro de algunos años tendrás bastantes súbditos. Como el capitán Attor, más o menos.

—¡Qué horror! —se asustó ella. Pero luego se echó a reír—. Bueno, son cosas del matrimonio, ¿no?

Y le besó complacida, porque ahora sabía que no besaba a un traidor, sino a un valiente.

FIN

Podía hacer cualquier cosa vedada a los demás seres normales: desde deribar una casa a cabezazos hasta leer el pensamiento de los otros. Todo ello le resultaba fácil porque era...

MAS QUE HOMBRE

Éste será el próximo título, escrito por

LOUIS G. MILK

MAS QUE HOMBRE

Para recomendar a los muchachos
aficionados a la lectura de novelas
gráficas del Oeste, tenemos
las extraordinarias colecciones

NOVELAS GRAFICAS «SIOUX»

y

NOVELAS GRAFICAS «HAZAÑAS DEL OESTE»

¡Cada título es un estallido de
acción, basado en un argumento ameno,
intrigante y formativo!

BOLSILIBROS TORAY

OESTE


ARIZONA — Publicación quincenal — 10 PTAS.


RUTAS DEL OESTE — Publicación quincenal — 10 PTAS.



SEIS TIROS — Publicación quincenal — 10 PTAS.


HURACÁN — Publicación quincenal — 10 PTAS.



SIOUX — Publicación quincenal — 10 PTAS.


ESPUELA — Publicación quincenal — 10 PTAS.

GUERRA



HAZAÑAS BELICAS — Publicación quincenal — 10 PTAS.

ANTICIPACION


CIENCIA FICCIÓN — Publicación quincenal — 10 PTAS.


ESPACIO — Publicación quincenal — 10 PTAS.